

LOS SONAJEROS VACCEOS*

The Vaccean Rattles

FERNANDO ROMERO CARNICERO**, CARLOS SANZ MÍNGUEZ**,
CRISTINA GÓRRIZ GAÑÁN** y ROBERTO DE PABLO MARTÍNEZ**

José María Pérez Gallegos
in memoriam

Resumen: Se reúne aquí una treintena de pequeños objetos de cerámica, cerrados y huecos, que contienen en su interior pequeñas pellas de barro, razón por la que, al ser agitados, producen un tintineo; rasgos todos ellos que, por analogía con los sonajeros actuales, llevan a contemplarlos como tales. Generalmente se decoran con idénticos motivos y técnicas que cajitas, pies votivos o barcas, piezas todas ellas incluidas entre las producciones singulares vacceas; este dato y el hecho de que su distribución geográfica se atenga a la de dicho grupo étnico permiten considerarlos una creación más del mismo. Su estudio morfológico permite definir hasta seis tipos distintos: esférico, hemisférico, lenticular, cilíndrico, de carrete y fusiforme y su cronología remite al espacio temporal que media entre los siglos III a.C. y el I d.C.

Palabras clave: Sonajero, vacceos, valle del Duero, segunda Edad del Hierro.

Abstract: In this paper thirty Vaccean rattles are being studied. The Vaccean rattles are small closed hollow artifacts made of clay or ceramics, with small lumps of clay inside. These objects, make a noise when they are shaken, like modern rattles, which is why the same name is used to describe them. Normally these rattles are decorated with similar motifs such as animal-shaped boxes, votive feet, or boats, all of which are peculiar to Vaccean production. From the morphological analysis the rattles can be defined into six differ-

* Este trabajo se ha llevado a cabo en el marco del Proyecto de Investigación *Cosmovisión y simbología vacceas. Nuevas perspectivas de análisis* (HAR2010-21745-C03-01), de la Dirección General de Investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación.

** Departamento de Prehistoria, Arqueología, Antropología Social y Ciencias y Técnicas Historiográficas. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Valladolid. Plaza del Campus Universitario s/n, Valladolid-47011. Email: fromero@fyl.uva.es / csanz@fyl.uva.es / gorriz@fyl.uva.es / rdpablo@fyl.uva.es.

ent groups: spherical, hemispherical, lenticular, cylindrical, reel and spindle-shaped. Their chronology sets a framework that dates back from the 3rd century B.C. to the 1st century A.D.

Key words: Vaccean, Duero Valley, the Second Iron Age

1. A modo de preámbulo: música y aerófonos en la Meseta Septentrional durante la segunda Edad del Hierro

Como ya hiciera notar, a mediados de la década de los años cuarenta del pasado siglo, A. García y Bellido (1943: 59; 1944: 65) e insistiera en poner de manifiesto J. M. Blázquez (1976: 3; 1977: 332), poco más de treinta años después, son muy pocas las noticias recogidas en la literatura clásica acerca de la música y la danza entre las gentes de la antigua *Hispania*; y si bien es cierto que contamos además con la documentación iconográfica que suministran las decoraciones pintadas de ciertos vasos o los relieves de algunos monumentos funerarios e incluso con un reducido número de instrumentos musicales, procedentes en uno y otro caso de yacimientos arqueológicos, que avalan y amplían la información textual, no podemos dejar de reconocer que todo ello resulta insuficiente a la hora de aproximarnos al acervo musical de nuestros ancestros prerromanos. Ello, cabe añadir ahora, es particularmente notorio en relación con quienes habitaron la Submeseta Norte al filo del cambio de era, por más incluso que consiguiéramos sumar algunas otras piezas a las que podemos considerar instrumentos musicales en la medida en que, cuando menos, permitieron emitir algún tipo de sonido.

Recordaremos en dicho sentido cómo Estrabón, en el libro III de su *Geografía*, dedicado a *Iberia*, señala que: *Según ciertos autores, los kallaikoí son ateos; más no así los keltíberes y los otros pueblos que lindan con ellos por el Norte, todos los cuales tienen una cierta divinidad innominada, a la que, en las noches de Luna llena, las familias rinden culto danzando, hasta el amanecer, ante las puertas de sus casas* (Estrabón, III, 4, 16; traducción de García y Bellido, 1968: 156). No podemos saber a partir de dicho texto, por más que podamos sospecharlo, si tales danzas se acompañaban de música y, de ser así, con qué instrumentos se conseguía esta; de la misma manera ocurre en relación con la decoración pintada de un vaso numantino en el que puede apreciarse a dos individuos masculinos –tres seguramente en origen– que, dispuestos en los espacios que median entre las tres asas que presenta en su hombro, bailan con sus brazos hundidos en lo que viene interpretándose como astas de toro, razón por la cual se ha supuesto que se represente una danza ritual relacionada con el culto a dicho animal (Romero, 1976: 23, núm. 23, y 147-148, fig. 6-23, lám. IV-23). Y otro tanto sucede con las gestas épicas que, sobre las hazañas de sus antepasados, recitaban o cantaban las madres a sus hijos en el momento de partir hacia la guerra o el saqueo; dicha referencia que conservamos en un fragmento de las *Historiae* de Salustio (*Hist.*, II, 92), se sitúa en el contexto de las guerras sertorianas y se refiere a un pueblo meseteño (García

y Bellido, 1943: 62-64; Blázquez, 1976: 9), que algunos autores identifican con los celtíberos (Sopeña, 1995: 60).

Una segunda referencia del geógrafo de Amasia, referida ahora a los habitantes del norte peninsular, narra cómo: *Todos estos habitantes de la montaña [...] mientras beben, danzan los hombres al son de flautas y trompetas, saltando en alto y cayendo en genuflexión* (Estrabón, III, 3, 7; traducción de García y Bellido, 1968: 120). Disponemos en esta ocasión de dos estelas funerarias romanas, burgalesas y del grupo de Lara, que ilustran el uso de los instrumentos a que se refiere Estrabón: la primera de ellas se encuentra en el templo parroquial de San Miguel, en Iglesia Pinta, y la segunda, que procede de Lara de los Infantes, se conserva en el Museo de Burgos. En uno y otro caso aparecen, separados por una cenefa, combatientes y músicos que tocan trompetas, curvas en unos casos y rectas en otros, en lo que se ha interpretado como una escena de combate en torno a una ciudad amurallada o de celebración de unos juegos en relación con algún importante acontecimiento (Abásolo, 1974: 46-47, núm. 33, y 106-107, núm. 143, láms. XVII-2 y LXVII-1). Dichas escenas se han puesto en relación con la que figura pintada en los fragmentos conservados de un *kalathos* de El Castellido de Alloza (Teruel), evidentemente de cronología anterior, en la cual, y a uno y otro lado de una cenefa también, se ve a dos combatientes y un bóvido, en un caso, y a un personaje sedente con cetro, dos jinetes y tres guerreros acompañados de otro individuo que se dice toca una trompa, en el otro (Pastor, 1998: 114-116, figs. 22, 23 y 27; 2010: 477, fig. 1e).

Y aún podemos sumar en esta ocasión la documentación arqueológica proporcionada por Numancia y otros yacimientos celtibéricos, dado que en los mismos se han recuperado varias piezas cerámicas que vienen teniéndose por trompetas o trompas. Fueron, efectivamente, las antiguas excavaciones en Numancia (Garray, Soria) las que han deparado la más rica y variada colección de estas piezas, cuyo primer estudio de conjunto fue abordado, en la que fuera su tesis doctoral, por B. Taracena (1924, 70-72, figs. 24 bis y 29); se trata de piezas tubulares de forma circular cuyos extremos montados se prolongan, respectivamente, con la boquilla y la bocina, que en algún caso es doble. Aceptadas como tales, entre otros y en los trabajos a que nos referimos con anterioridad, por A. García y Bellido (1943: 83-84, figs. 10 a 12; 1944: 75-76, figs. 8 a 10), las de doble bocina fueron identificadas con “toberas de forja empleadas en la fundición de metales, particularmente de hierro” por S. Vilaseca (1945), al compararlas con ejemplares de este tipo procedentes de yacimientos del noreste peninsular; tras la correspondiente réplica de Taracena (1946), insistiendo en lo dicho por él mismo en 1924, el estudioso catalán, aun cuando mantuvo su postura en relación con las piezas por él estudiadas, terminó admitiendo la interpretación del director del Museo Numantino acerca de las sorianas (Vilaseca, 1947).

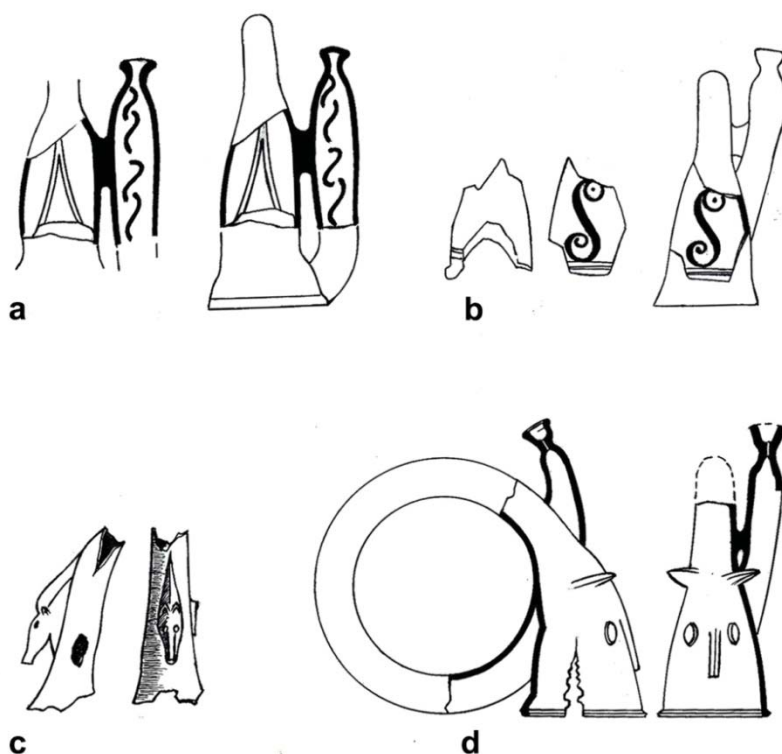


Fig. 1. Trompas de cerámica de Numancia (según Wattenberg, reconstrucciones de a y b según Pastor).

Con posterioridad han merecido una detenida atención por parte de F. Wattenberg y J.M. Pastor. Debemos al primero de ellos el dibujo de las trompas mejor conservadas y un intento de clasificación y evolución de los diversos modelos (Wattenberg, 1963: 41-42 y 167-170, tabs. XV, núms. 401-428, y XVI, núms. 429-432, 434-437, 440-443 y 446-448, láms. fot. VIII-3 y 7, X-1 y 3); y, en relación con la polémica antes apuntada, el hecho de que califique a las piezas dobles de “*Bocas de fuele, toberas o bocinas*, como quiera llamárselas”, sin especificación alguna sobre su posible funcionalidad (Wattenberg, 1963: 41 y 167, tab. XIV, núms. 386-389, 392-394 y 397-400, lám. fot. XI-5). Por su parte, el segundo de los autores mencionados diferencia dos tipos distintos, tanto en las boquillas como entre las bocinas, y reúne los hallazgos publicados, que remiten exclusivamente a yacimientos de la provincia de Soria: Numancia, Tiermes, Izana, Calatañazor y Villar del Río—justificando la inclusión de esta última en lugar de la de Velilla de la Sierra, donde Taracena, y García y Bellido siguiéndole, situaban la pieza en poder entonces del vizconde de Eza y hoy de la condesa de Ripalda—(Pastor, 1987). Años más tarde este mismo autor sumaba dos ejemplares más procedentes de la localidad riojana de Herramélluri y de la turolese, ya citada, de

Alloza (Pastor, 1998: fig. 1; la segunda pudiera ser la que menciona Blázquez, 1976: 5). Por último, S. Alfayé, además de recuperar las menciones de Taracena acerca del hallazgo de fragmentos de trompetas en Langa de Duero, añade un nuevo, y antiguo hallazgo también, de las proximidades del santuario de Peñalba de Villastar (Teruel), lo que teniendo en cuenta los anteriormente conocidos le lleva a precisar que las trompas que nos ocupan constituyeron un elemento específicamente celtibérico, y no sólo arévaco como hasta entonces se había venido manteniendo (Alfayé, 2004: 162-169, fig. 6).

Varias de estas piezas se decoran con pinturas, monócromas y en negro, al igual que otros vasos celtibéricos. De entre ellas fijaremos nuestra atención aquí en dos de las numantinas, por cuanto presentan sendos motivos pintados que han dado pie a una sugestiva interpretación: la primera, una serie de eses imbricadas a lo largo de la misma (Fig. 1a), y, la segunda, una doble espiral en su bocina (Fig. 1b). Dichos temas, y en particular el primero de ellos, que vemos asimismo pintado en diversos vasos ibéricos, junto a los instrumentos musicales –trompetas, dobles flautas o liras– que tocan hombres y mujeres, ilustrarían el sonido que producen y serían, por tanto, los símbolos gráficos o expresiones onomatopéyicas del mismo (Pastor, 1998: 91-94 y 125, figs. 2 y 43; 2010: 473-474 y 481, fig. 1-g).

No menos interesante es la decoración plástica que ofrece otra trompa numantina (Fig. 1c), consistente en una cabeza de lobo (Wattenberg, 1963: 169, núm. 430, tab. XVI-430, lám. fot. X-1) –o de caballo, según otros autores: Blanco, 2003: 84, fig. 4-9; Quesada y Tortajada, 1999: 25, núm. 58, lám. II-58–, si bien nos detendremos mejor ahora en aquellos otros ejemplares cuya bocina adopta precisamente la forma de la cabeza de este mismo animal con las fauces abiertas (Sopeña, 2012: 95, fig. 4-4); se trata de tres ejemplares procedentes de Numancia la primera (Wattenberg, 1963: 168, núm. 424, tab. XV-414, lám. fot. VIII-3) (Fig. 1d), una segunda de Tiermes, conservada en el Museo Arqueológico Nacional, que ya fue mencionada por García y Bellido (1943: 84; pueden verse dos fotografías diferentes de la misma, aunque sin indicación de procedencia, en: Marco, 1989: 129, y Jimeno, 2005: catálogo núm. 275), y, finalmente, la de las inmediaciones del santuario de Peñalba de Villastar (Alfayé, 2004: 162-164, fig. 6). Tal motivo ha sido precisamente el que ha permitido, desde siempre, relacionar a estas últimas con los *carnyx* célticos (Hunter, 2001), razón por la cual podríamos contemplar a nuestras trompas como una humilde versión de los esbeltos ejemplares bronceos; entre estos merecen citarse ahora los cinco, muy fragmentados, recuperados en 2004 en el santuario galo de Tintignac (Corrèze, Francia), las bocinas de cuatro de los cuales presentan forma de cabeza de jabalí y de serpiente la del quinto (Maniquet, 2008: 303-313, figs. 34-46). Bien documentados también en la literatura clásica, un magnífico y bien conocido testimonio iconográfico de los mismos lo ofrece el caldero de Gundestrup (Olmsted, 1979), una de cuyas placas interiores muestra una escena de resurrección o tránsito al Más Allá de una serie de guerreros a los que siguen tres individuos tocando estos instrumentos (Gricourt, 1954).

En lo relativo a su función B. Taracena (1924: 72), tras señalar que su sistema no es otro que el del cuerno de caza y que en algo recuerdan al *cornu* romano, finaliza reconociendo que “de su destino nada podemos decir por ahora”. Por un “uso específico para la guerra” se decanta J. M. Pastor (1987: 14 y 15), no sin antes haber explicado que se trata de “instrumentos de viento que sonaban por la fuerza del soplo [...] produciendo una nota monocorde y modulable por quien la ejecuta”; señala, asimismo, que “los numantinos las utilizarían para congregarse a los guerreros y moverlos ordenadamente en el campo de batalla”, “para dar instrucciones acústicas en el combate”, sirviéndose para ello de una referencia de Apiano (*Iber.*, 78) a la emboscada que, en el año 140 a.C., tendieron los numantinos a las tropas de Quinto Pompeyo, en la que, al objeto de acentuar la sorpresa, eludieron el uso de las trompetas. Es evidente que dicho texto certifica el uso de las trompas en combate, pero no necesariamente en el sentido que entiende Pastor. Más acorde con cuanto sabemos del mundo y pensamiento célticos parece su empleo, tal y como ha propuesto G. Sopeña (1995: 104-108), para provocar tumulto en la brega e impresionar al enemigo, dada su limitadísima capacidad musical que, en el mejor de los casos, permite “cubrir una breve secuencia cacofónica de sonidos definible sin ningún pudor como simple y puro ruido”; un ruido de marcado carácter sagrado en el contexto bélico y conceptualmente acorde con las decoraciones que presentan las bocinas de algunas de las trompas que comentamos y a las que habremos de referirnos más adelante. Esta manera de proceder queda recogida en el conocido texto de Polibio (*Historias*, II, 28-30) que describe lo sucedido en la batalla de Telamón el 225 a.C. y no es incompatible con la de los numantinos citada por Apiano y antes comentada¹.

A. J. Lorrio, por su parte, ha apuntado la posibilidad de que el empleo de las trompas entre los numantinos tuviera lugar con ocasión de la celebración de combates singulares (Lorrio, 2005: 325, nota 29); una práctica que queda documentada en la ciudad arévaca, a través de las pinturas de sus cerámicas, en un vaso monócromo con figuras esquemáticas (Wattenberg, 1963: 218, núm. 1256, lám. XI-10) y en el emblemático “Vaso de los Guerreros” (Romero, 1999). Abundando en ello, recordaremos que un encuentro de estas características se lidia en la escena comentada del *kalathos* de El Castillito de Alloza y que en la misma aparece también, como queda dicho, un individuo tocando una trompa, aunque recta según parece, y adelantaremos ahora que, como se verá a continuación, de la localidad turolense procede asimismo una trompa de cerámica del tipo de las numantinas.

Sendas aportaciones postreras han venido a llamar la atención sobre la importancia socio-cultural que debieron de tener estos instrumentos musicales, cuyo uso

¹ Todo ello, obviamente, con independencia de las tácticas y formas de combate empleadas por los celtiberos, tema, objeto de una profunda revisión historiográfica en la actualidad, sobre el que puede consultarse un trabajo reciente de F. Quesada (2006: 160-167, en particular) en el que quedan recogidas las diferentes posturas.

debió de estar vinculado a actividades guerreras, simbólicas y propiciatorias. Se apoya la primera de ellas (Jiménez, 2013: 182-184), a la hora de establecer su carácter ritual, en el papel desempeñado por los *carnyx* en la iconografía del caldero de Gundestrup así como en el hallazgo de Tintignac, a los que nos referimos con anterioridad. Se señala, además, en la segunda (Jiménez, García y Padilla, e. p.), llevada a cabo al amparo de un proyecto de arqueología experimental, que la complejidad de su fabricación y su gran calidad técnica debieron de requerir de artesanos especializados y que la modernidad de su funcionamiento acústico, muy similar al de las trompas modernas, exigiría la existencia de sonadores especializados.

Nos ocuparemos a continuación de una serie de piezas, realizadas generalmente sobre asta de ciervo (Fig. 2a), bien documentadas en la Meseta Septentrional y el Valle del Ebro en poblados de la segunda Edad del Hierro, romanizados varios de ellos, que, consideradas inicialmente como posibles silbos o silbatos (Llanos, 1983a: 18, foto superior; 1983b: 121, foto superior derecha) (Fig. 2c y d), fueron identificadas con posterioridad por Z. Escudero y A. Balado (1990, con otras referencias anteriores), con *psalia* o camas de arcos de caballo (Fig. 2b). Ejecutadas sobre el extremo de un candil, y con longitudes que se sitúan por lo general entre 12 y 14 centímetros, presentan forma curva con un extremo apuntado y el otro plano; próximo a este último se ha practicado un corte a bisel en la cara interna y sobre el mismo una perforación que atraviesa el núcleo esponjoso del asta y alcanza la base; pulidas en buena parte de su superficie, conservan siempre la corteza original en la zona media baja de la cara externa. Frente a otras propuestas menos plausibles, y a la vista de modelos europeos y asiáticos, los autores mencionados en último lugar se inclinan por adscribir las “al grupo de las denominadas camas de bocado de caballo o *psalia* realizadas en asta y concretamente al tipo de muesca o bisel y una sola perforación característico de la Edad del Hierro” (Escudero y Balado, 1990: 243).

Hoy, más de dos décadas después, la cuestión de la funcionalidad de tales piezas está lejos de ser resuelta, y no parece ajeno a ello el hecho de que la mayoría de los ejemplares carezcan de contexto arqueológico; contribuiría además, de inclinarse por la segunda opción, es decir por la de que se trate de camas de bocado de caballo, el dato de que, mientras que las piezas que comentamos se han recuperado en la totalidad de los casos en lugares de habitación, las procedentes de cementerios –celtíbericos y vettones sobre todo y, en muy menor medida, vacceos– sean siempre metálicas, fundamentalmente de hierro, y de tipología diferente (Escudero y Balado, 1990: 246-248). Es así cómo la mayoría de los autores que se han ocupado de ellas recogen las dos propuestas comentadas, ya sea de la forma más aséptica posible (Liesau, 1998: 146, fig. 76; Blanco, 1998: 155; Adán, 2003: 101; Tardio y Zamalloa, 2011: 52, 56-59 y 73, láms. 2 y 3, fot. 46; Tardio, 2011: 192-193, figs. 1 y 2, fots. 11 y 12), manifestándose, más o menos explícitamente, a favor de que se trate de camas de bocado (Esparza, 1999: 104; Liesau, 2005: 198, figs. 8 y 9; 2006: 106, figs. 8 y 9;

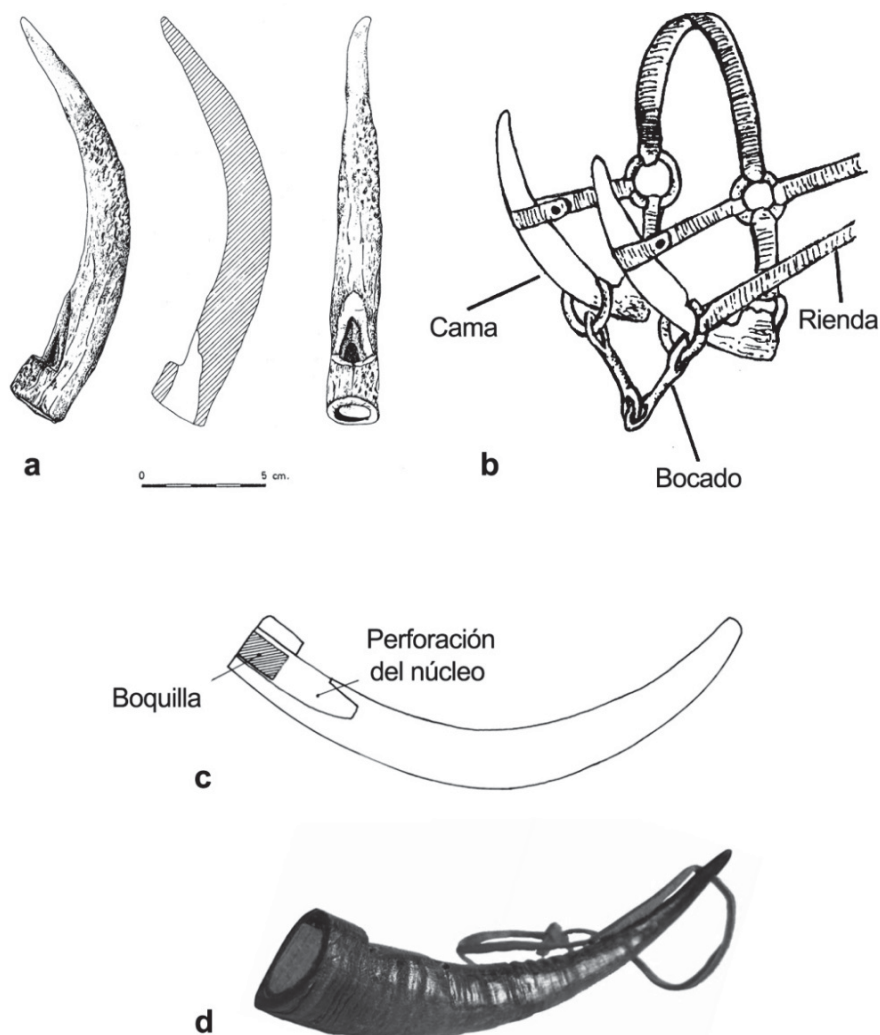


Fig. 2. Candiles de asta de ciervo trabajados: ejemplar de la Dehesa de Morales de Fuentes de Ropel en Zamora (a) y su interpretación como *psalia* (b), según Escudero y Balado; interpretación como silbo (c) y silbo “pito cabrero” (d), según Llanos.

Liesau y Blasco, 2006: 135-136, fig. 4-1 y 2) o formulando, incluso, nuevas posibilidades funcionales. Tal ha ocurrido en relación con una pieza recuperada al exterior de la cabaña circular de la fase 7 de poblado zamorano del Primer Hierro de Los Cuestos de la Estación de Benavente, sobre la que lo reducido de su tamaño, lo exiguo de su orificio y las huellas de uso, datos todos ellos que la diferencian, bien que ligeramen-

te, de los modelos que comentamos, han llevado a sugerir que pudiera tratarse de un tensor de ligamentos, un gavillador o un colgante (Celis, 1993: 127, fig. 16-4).

Al tiempo, A. Llanos (2005) ha vuelto a insistir con renovados argumentos en su propuesta inicial, a la par que intenta explicar los problemas que plantea su identificación como camas de bocado de caballo; se trataría según él de aerófonos que, de contar con un tapón en la boquilla –posiblemente de madera o cera, al igual que ocurre en los silbatos actuales, razón por la cual no se habría conservado–, permitirían emitir un único sonido y sus armónicos, sonido que debió de orientarse a la llamada, ya fuera como reclamo comercial, para identificar una función o lugar en los que se ofrecieran determinados servicios o productos, o relacionada con el pastoreo o la caza; trabajos experimentales le han permitido además relacionarlos con piezas análogas, empleadas en la actualidad y fabricadas sobre cuernos de caprino, como son los “pitos de cabrero”.

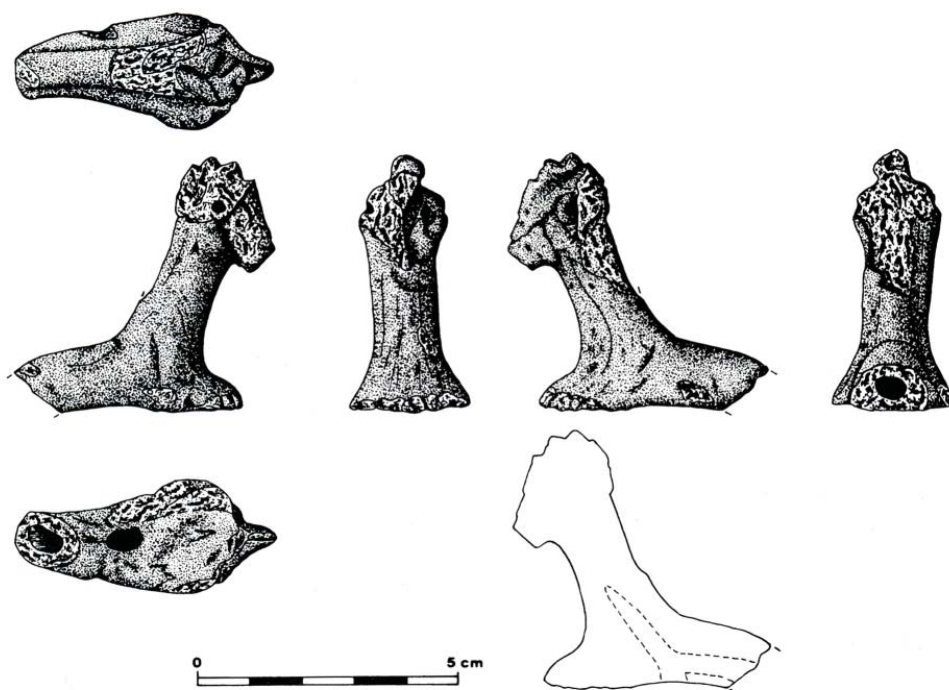


Fig. 3. Silbato de cerámica en forma de gallo procedente del Cerro de Somosierra de Sepúlveda en Segovia (según Blanco).

No hace mucho, finalmente, se ha dado a conocer la figurita celtibérica de un gallo de cerámica procedente del Cerro de Somosierra, de la localidad segoviana de Sepúlveda (Fig. 3), que presenta dos orificios en su base y que se ha identificado con un silbato, pues, según ha podido constatarse, emitía un sonido agudo de gran intensidad (Blanco, 1998: 155 y 158, fig. 16-2, lám. I-3; Alfayé, 2007: 80 y 90, núm. 12, fig. 14)²; si en un principio se consideró que no era necesario buscarle una explicación mágico-religiosa o de otra índole especial, dada la coherencia con que habían quedado unidas forma –gallo– y función –canto–, algo más tarde se ha precisado que pudiera tratarse de un juguete infantil (Blanco, 2003: 75).

Hasta aquí las noticias y documentos con que contamos sobre las posibles actividades musicales de las gentes del interior de la peninsular; en adelante nos detendremos en el estudio de otros objetos musicales, idiófonos ahora, cuales son los sonajeros, reconocidos en el valle medio del Duero y, por tanto, en territorio vacceo.

2. Los sonajeros vacceos

Centrándonos ya en las piezas que aquí nos traen, cabe recordar cómo fue en la primera mitad del siglo XX cuando aparecieron las primeras noticias sobre la presencia entre los materiales cerámicos recuperados en algunos yacimientos arqueológicos mese-teños de ciertos objetos que, caracterizados por ser cerrados, estar huecos y contar con algún pequeño elemento en su interior, lo que hacía que al agitarlos produjeran sonido, fueron identificados como sonajeros. Tal ocurría, en primer lugar, en relación con los hallados en Numancia, en una escueta referencia en la que solo se insiste en su decoración, sin anotar datos sobre su contexto o posible funcionalidad (Mélida *et alii*, 1924: 29; sobre los ejemplares de la ciudad arévaca, conservados en el Museo Numantino de Soria, véase ahora: Jiménez, García y Padilla, 2012); con todo, no habría que esperar mucho para que el propio Mélida, en su *Arqueología Española*, manifestara que “puede suponerse sirviesen para algún juego de azar o para consultar el oráculo” (Mélida, 1929: 256). Asimismo breve era la noticia que, dos décadas más tarde, se refería a los procedentes de la necrópolis de Eras del Bosque, correspondiente a la *Pallantia* romana que subyace bajo Palencia capital (Taracena, 1947: 90, lám. XXX).

² Tal y como indica su editor (Blanco, 1998: 155), al tiempo que recuerda que las únicas piezas prerromanas que se han identificado con silbatos en el valle del Duero son las piezas de asta a las que nos hemos referido con anterioridad, este tipo de objetos es difícil de identificar. Abunda en ello un trabajo reciente de C. García Benito (2011) quien, con ocasión de dar a conocer un silbato, también de cerámica y figurado pero con forma de cabeza infantil o de un diablillo-genio, procedente de Monte Perdiguero (Calahorra, La Rioja) y de difícil datación por tratarse de un hallazgo descontextualizado, reúne los ejemplares conocidos desde la segunda Edad del Hierro hasta el siglo XVII. De todos ellos, tan solo dos, el de Sepúlveda que comentamos y otro ibérico de Álora (Málaga), con forma de cabeza femenina, son prerromanos; merece destacarse, por otro lado, que los dieciocho silbatos romanos que, procedentes del entorno emeritense, se guardan en el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida prestan forma de ave, identificándose habitualmente con pollos y gallinas (García Benito, 2011: 463-464).

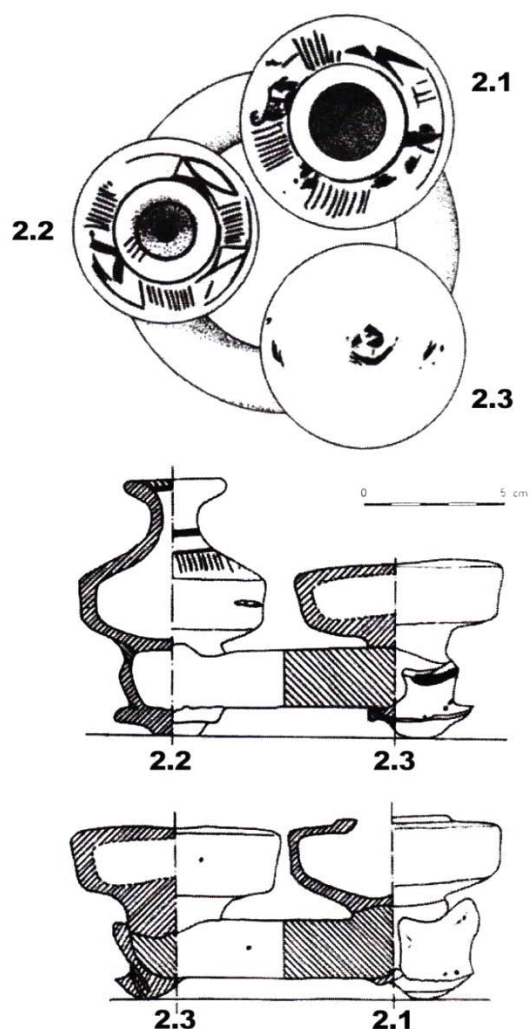


Fig. 4. *Kernos* con decoración pintada de la necrópolis palentina de Eras del Bosque (sonaja 2.3), según Barril.

Y no mucho más explícita era la publicación de dos bolas sonajas, procedentes de Padilla de Duero (Peñafiel, Valladolid) o Paredes de Nava (Palencia), por parte de F. Wattenberg, en su obra *La Región Vaccea*, quien, con todo, reparó en su posible significado religioso (Wattenberg, 1959: 216, núms. 10 y 11). Por su parte, L. de Castro (1971: 24, núm. 52, y 44-45, lám. XVI-52) refiere el hallazgo de algunas bolas huecas “que hacían ruido semejante al de un sonajero” en la necrópolis de la *Pallantia* prerromana, inmediata a la actual Palenzuela, en la provincia de Palencia. Igualmente

concisas son las referencias a un sonajero del castro de la Cuesta del Mercado (Coca, Segovia), donde se asentó la *Cauca vaccea* (Blanco, 1994: 60, fig. 16-9) y a un fragmento de otro de la necrópolis de Las Erijuelas de Cuéllar (Segovia), recuperado entre los materiales sueltos de la tumba XVII, del que en inicio solo se destacó su decoración excisa (Moliner, 1971: 106, núm. 3.506, lám. CLXXVIII-C.531) y se consideró, más tarde, el fragmento de un pie de copa (Barrio, 1988: 172, núm. C-531, lám. 84-531).

Los trabajos mencionados hasta aquí remiten en los más de los casos a canicas sonajas, razón por la cual puede señalarse que los primeros sonajeros publicados, en cuanto tales, son dos piezas descontextualizadas procedentes de El Soto de Medinilla, en Valladolid capital, y del poblado de Las Quintanas, en Padilla de Duero/Peñañiel (Valladolid), localidad identificada con la ciudad vacceo-romana de *Pintia* (Martín y Romero, 1980). Con posterioridad, los hallazgos fruto de las excavaciones llevadas a cabo en el cementerio de Las Ruedas, de la localidad citada en último lugar, depararon dos nuevos fragmentos entre los materiales en posición secundaria (Sanz, 1997: 175, núms. 538 y 539, fig. 171-538 y 539) y, lo que es más importante, un ejemplar completo formando parte del ajuar de la tumba 38, una sepultura conservada intacta y que, por tanto, ofrecía, por vez primera, una pieza contextualizada (Sanz, 1997: 99, R, fig. 91-R); ello dio pie a C. Sanz (1997: 333-336) a llevar a cabo una aproximación morfológica –identificó tres tipos: esféricos, cilíndricos y fusiformes–, decorativa y funcional de estos singulares objetos, entre los que se incluye ya como tal el ejemplar fragmentado de Cuéllar a que nos referíamos en el párrafo anterior. La continuidad de las excavaciones arqueológicas en el yacimiento de *Pintia* desde el año 2000 ha aportado nuevos ejemplares, afortunadamente algunos de ellos en tumbas, alcanzando la totalidad de los conocidos hasta hoy, como tuvimos ocasión de comentar no hace mucho (Sanz *et alii*, 2013) y habremos de ver a continuación, la treintena.

No quisiéramos, sin embargo, dar paso al estudio de las piezas que nos ocupan sin advertir previamente que no habremos de incluir entre ellas dos magníficos vasos de la necrópolis palentina de Eras del Bosque que incorporan sendos sonajeros, lo cual no quita para que dediquemos, siquiera sea breve, un espacio a los mismos. Nos referimos a dos *kernoi* –o mejor imitaciones de *kernoi*, pues en realidad no son tales– (Barril, 1990: 329-332, figs. 1-3, fots. 1 y 2) formados por un anillo macizo, de sección pseudorectangular en un caso y circular en otro, sobre el que se disponen, directamente en el primer caso y sobre tres peanas que se corresponden con otros tantos pies añadidos en el segundo, tres vasitos, a modo de los *kotyliskoi* de los *kernoi* auténticos aunque sin perforar, uno de los cuales es un sonajero. El del primer ejemplar presenta forma troncocónica invertida y se decora con dos series de tres cordones en relieve, dispuestos radialmente y unidos por una pastilla aplicada; el del segundo (Fig. 4) es cilíndrico y conserva en su parte superior restos de pintura de temas geométricos, siendo de interés destacar además el dato de que, al igual que como vere-

mos ocurre en alguno de los sonajeros que describiremos a continuación, presente pequeñas perforaciones en los costados. Se han relacionado con los *kernoi* de tipo anular, si bien el hecho de que el anillo sea macizo y los vasitos no requieran, por lo tanto, estar comunicados con él, razón, sin duda, por la que carecen de perforación en la base como se ha señalado, vendría a indicar que no se trataría de vasos de libaciones, aunque tal vez si de ofrendas y aún llega algo más lejos M. Barril (1990: 340) al sugerir que, dada la posición de las bocas de los vasitos, estas piezas permitirían bailar con ellas sobre la cabeza, tal como según parece se hacía en las fiestas eleusianas, y que la presencia de los sonajeros tendría sentido, en dicho caso, al sumar un motivo ritual a la forma de uso.

1. Tipología

Desde un punto de vista morfológico los sonajeros son recipientes cerrados y huecos que alojan en su interior pequeñas piedrecitas o bolitas de barro que al ser agitados producen ruido. Su apariencia externa puede adoptar diferentes formas, habiéndose identificado hasta seis variantes: esféricas, hemisféricas, lenticulares, cilíndricas, de carrete y fusiformes. Generalmente se trata de piezas hechas a mano por lo que sólo indicaremos su fabricación a torno cuando así sea. Todas las piezas que estudiamos se han elaborado a partir de barros bien tamizados y cocidos en ambientes oxidantes, resultando la coloración anaranjada predominante en todas ellas, a excepción del ejemplar de Cuéllar, salvo que su coloración oscura sea el resultado de procesos posteriores a su producción.

Tipo I. Sonajeros esféricos (Fig. 5)

Constituyen el tipo más sencillo tanto en su morfología como por la decoración que ostentan, pues en general esta última se limita a simples motivos incisos e impresos. Sus dimensiones oscilan entre los 40 y 70 mm de diámetro y las paredes, tal y como ha podido comprobarse en los ejemplares fragmentados, tienen entre 7 y 10 mm de grosor. Algunas de estas piezas fueron contempladas por Wattenberg como bolas “sonajas” al presentar dimensiones y decoración idénticas a las de barro macizas: división en cuadrantes mediante punteado impreso, líneas incisas o pequeñas impresiones, cazoletas o círculos (núms. 4-9), aunque también existen ejemplares lisos (núms. 1-3); más excepcionales son aquellas que reciben una decoración excisa (núms. 10 y 11)³.

³ Por nuestra parte, y en general, nos referiremos a las piezas que nos ocupan como sonajeros, si bien para aquellos de este grupo que presentan diámetros reducidos y, como queda dicho, decoraciones sencillas, análogas a las de las bolas de barro macizas o “canicas”, término por el que también son conocidas, mantendremos la denominación de “canicas sonajas”, en este sentido tomamos como referencia el diámetro

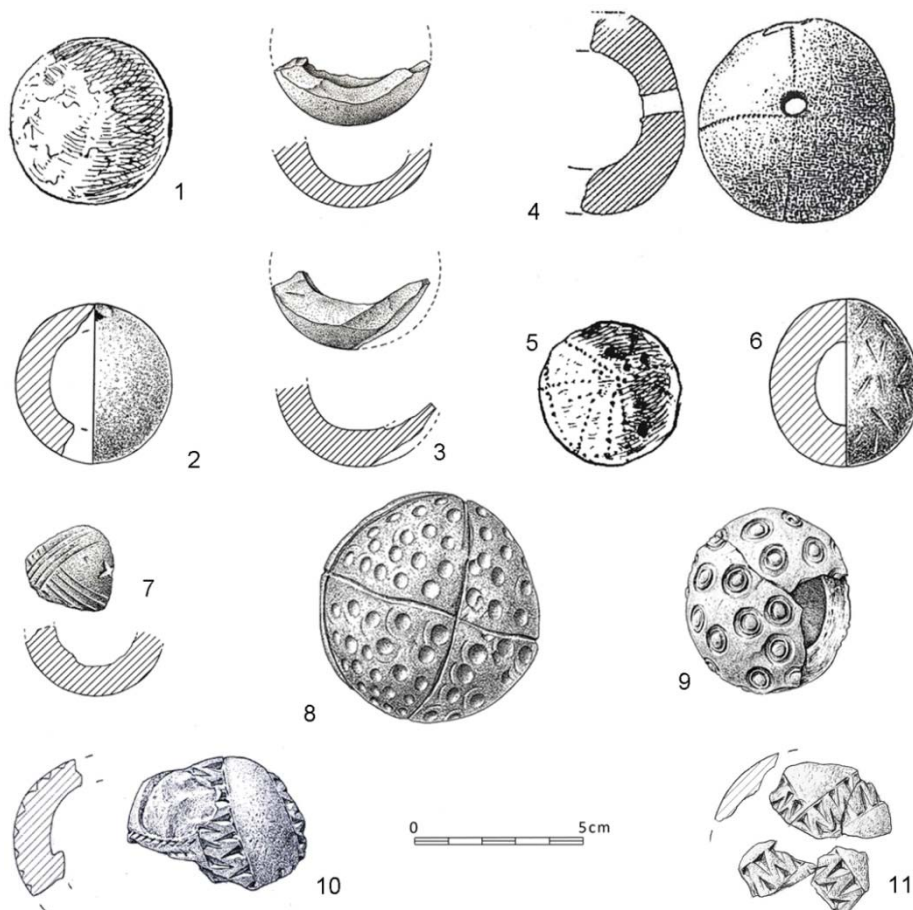


Fig. 5. Sonajeros esféricos, tipo I.

1. Canica sonaja lisa, en pasta anaranjada.

Dimensiones: “entre 2 y 5 cm de diámetro”.

Procedencia: Padilla de Duero (Valladolid) o Paredes de Nava (Palencia).

Bibliografía: Wattenberg, 1959: 216, tab. XVII-10.

máximo conocido —50 mm— para las bolas de barro y piedra de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Sanz, 1997: 341), por ser este el yacimiento del que procede la mayoría de las piezas aquí estudiadas.

2. Canica sonaja lisa, en pasta ocre.
Dimensiones: diámetro: 46 mm.
Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid); sector V1, posición secundaria.

3. Dos fragmentos de pared de un sonajero esférico de superficie lisa, de color ocre.
Dimensiones: diámetro: 51 mm.
Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid); sector V1, posición secundaria.

4. Sonajero esférico incompleto en barro anaranjado con una perforación circular. Presenta decoración de dos líneas perpendiculares de puntos de peine impreso que dividirían su superficie en cuadrantes o en meridianos.
Dimensiones: diámetro: 61 mm.
Procedencia: El Soto de Medinilla, Valladolid.
Bibliografía: Sanz, 1997: 333, fig. 215-2.

5. Canica sonaja en pasta anaranjada, decorada a base de líneas de puntos impresos que forman paralelos, atravesados en su parte central por otra línea perpendicular a aquellas.
Dimensiones: “entre 2 y 5 cm de diámetro”.
Procedencia: Padilla de Duero (Valladolid) o Paredes de Nava (Palencia).
Bibliografía: Wattenberg, 1959: 216, tab. XVII-11.

6. Canica sonaja esférica, casi completa, decorada con impresiones ejecutadas a punta de navaja y arbitrariamente dispuestas.
Dimensiones: diámetro: 46 mm.
Procedencia: castro de la Cuesta del Mercado (Coca, Segovia).
Bibliografía: Blanco, 1994: 60, fig. 16-9.

7. Fragmento de una probable canica sonaja, cuya decoración conservada muestra bandas de líneas incisas perpendiculares, que parecen constituir sectores, en cuyo interior hay un motivo aspado impreso.

Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid), sector VI, posición secundaria.

8. Sonajero en pasta anaranjada de forma esférica. Su superficie se decora con tres líneas incisas que la dividen en ocho sectores, rellenos de cazoletas impresas.

Dimensiones: diámetro: 65 mm.

Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid), tumba 153-BN.

Bibliografía: Sanz y Romero, 2009: 11-13, fig. p. 13 arriba.

9. Sonajero incompleto en pasta anaranjada decorado en toda su superficie mediante estampilla de dos círculos concéntricos.

Dimensiones: diámetro: 50 mm.

Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid); sector G1c8, posición secundaria.

10. Fragmento de un probable sonajero elaborado en pasta anaranjada. Conserva dos bandas de zigzag exciso y una tercera, transversal a ellas, de espiquilla.

Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid); sector G1c10-d10, posición secundaria.

11. Fragmentos de un sonajero esférico realizada en pasta anaranjada. Presenta decoración excisa de, al menos, dos bandas con motivos en zigzag que se cruzan perpendicularmente.

Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid); posición secundaria

Tipo II. Sonajeros hemisféricos (Fig. 6).

Este tipo únicamente se ha documentado a partir de una pieza fragmentada, incompleta y recuperada en posición secundaria. Con todo, el arranque y la orientación de sus paredes nos permiten sospechar que tuviera forma de casquete hemisférico.

12. Fragmento de un sonajero en pasta anaranjada, de base plana y pared de tendencia cilíndrica, aunque ligeramente inclinada, lo que configura su formato hemisférico. Está decorado con una banda horizontal de zigzag exciso en paralelo a la base y una serie de trazos verticales incisos. Cercano a la base se observa un hueco que podría ser la impronta de un asa vertical. La base podría haber tenido patas en función de cierta impronta rectangular.

Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid); sector IK/70, posición secundaria.

Bibliografía: Sanz, 1997: 175, núm. 539, fig. 171-539.

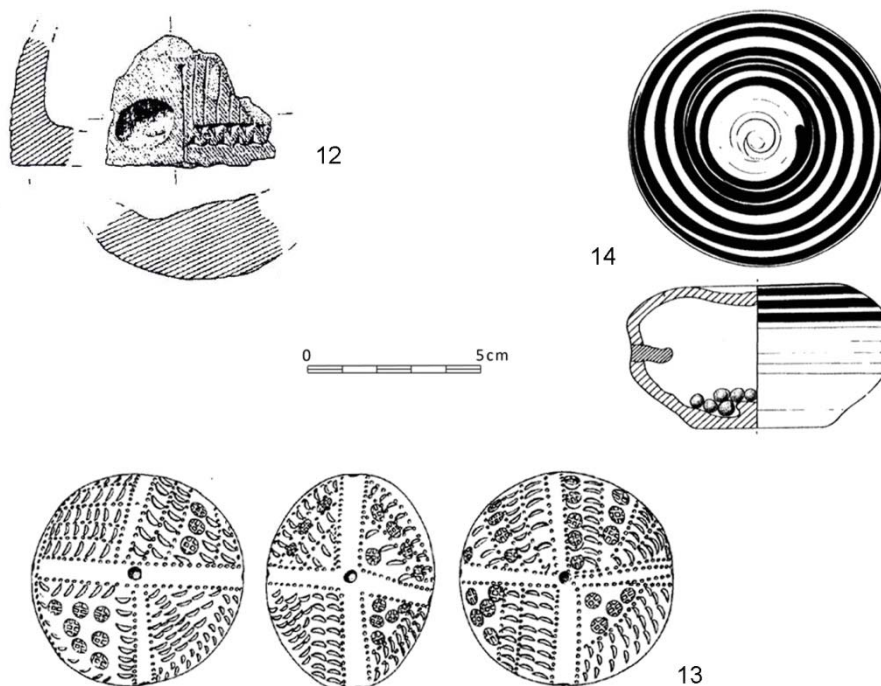


Fig. 6. Sonajeros hemisféricos, tipo II, y lenticulares, tipo III.

Tipo III. Sonajeros lenticulares (Fig. 6).

Aunque agrupadas en un mismo tipo en función de su morfología, cada una de las dos piezas conocidas presenta factura y decoración bien diferenciadas. Mientras que la primera (núm. 13) está elaborada a mano y ofrece motivos impresos y estampados, la segunda (núm. 14) está realizada a torno y decorada con pintura. Esta última recuerda en buena medida al sonajero que, como tuvimos ocasión de comentar más atrás, formaba parte del segundo *kernoi* de la necrópolis palentina de Eras del Bosque y la similitud se acentúa si nos fijamos en el vasito cilíndrico que integra esta misma pieza; téngase en cuenta además que, uno y otro, se decoran, al igual que nuestro sonajero, con motivos pintados (Barril, 1990: 331-332, fig. 3, fot. 2).

13. Sonajero de forma esférica achatada, de perfil elipsoidal. Dispone de cuatro orificios circulares equidistantes en su circunferencia máxima y dos más en el centro de sus caras. Su decoración se organiza a partir de tres franjas de doble línea de puntos impresos que dividen su superficie en ocho cuadrantes; en dichos sectores se alternan, de forma un tanto arbitraria, unguilaciones y pequeñas estampaciones de círculos reticulados delimitadas, ocasionalmente, por líneas de puntos.

Dimensiones: diámetro: 50/60 mm.

Procedencia: poblado de Las Quintanas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid), hallazgo fortuito.

Bibliografía: Martín y Romero, 1980: 162, fig. 2, lám. 1-2.

14. Sonajero elaborado a torno en pasta anaranjada, de perfil lenticular con la base plana y la cara superior ligeramente rehundida. Su tercio superior ofrece decoración helicoidal pintada en negro. En un punto de la pared se observa un pequeño orificio, que estaba sellado con una pellita de barro, por el que se introdujeron las bolitas.

Dimensiones: altura: 50 mm, diámetro: 80 mm.

Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid), tumba 67-C.

Bibliografía: Sanz *et alii*, 2003: 213, fig. 10-2; Sanz *et alii*, 2006: 76, fig. 10-2.

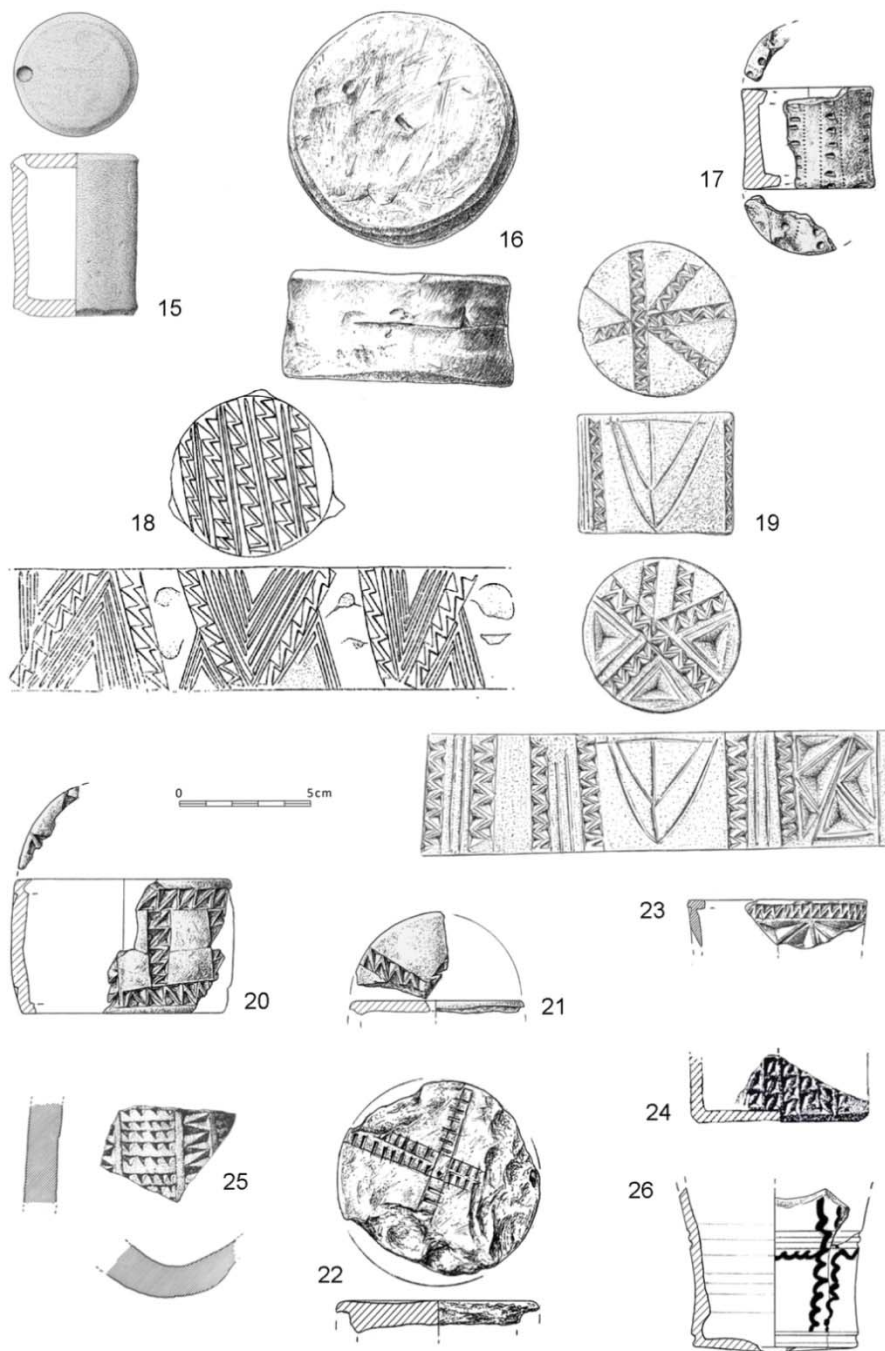


Fig. 7. Sonajeros cilíndricos, tipo IV.

Tipo IV. Sonajeros cilíndricos (Fig. 7).

Sus dimensiones oscilan entre los 40 y 70 mm de altura y 50 y 90 mm de diámetro. Salvo dos ejemplares (núms. 15 y 16), que se alejan ligeramente del estándar morfológico y decorativo, por su mayor o menor altura con respecto de la media y por su carácter liso, el resto ofrece una profusa decoración excisa, en la que las bandas de zigzag adquieren un marcado protagonismo, ya sea como única decoración o combinadas con triángulos o líneas excisas, si bien no faltan otras técnicas decorativas a base de impresiones de peine o a punta de navaja e incluso pintadas.

15. Sonajero cilíndrico liso, en pasta anaranjada, con las aristas biseladas y un orificio excéntrico en una de las bases.

Dimensiones: altura: 64 mm, diámetro: 50 mm.

Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid), tumba 38-R.

Bibliografía: Sanz, 1997: 99, R, fig. 91-R.

16. Sonajero cilíndrico en pasta anaranjada, de bases planas y aristas redondeadas. En la pared se observa una línea excisa horizontal, testigo aparente de una decoración abandonada apenas en su mismo inicio.

Dimensiones: altura: 43 mm, diámetro máximo: 89 mm, diámetro mínimo: 82 mm.

Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid), tumba 154-AK.

17. Fragmento de sonajero cilíndrico ligeramente estrangulado en la parte central, correspondiente a la pared y arranque de las bases superior e inferior, realizado en pasta ocre. El cuerpo está decorado con líneas verticales de peine impreso, que enmarcan, alternativamente, bandas lisas con otras rellenas de impresiones a punta de navaja. En las bases esas bandas de peine impreso parecen cubrirse con cazoletas.

Dimensiones: altura: 38 mm, diámetro: 50 mm.

Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid); sector G1a10, posición secundaria.

18. Sonajero cilíndrico que, en origen, presentaba tres asitas equidistantes de las que actualmente solo se conservan los arranques. El cuerpo presenta, interca-

lado entre las asas, una misma composición geométrica, repetida en tres ocasiones —en dos de ellas con la misma orientación y en la tercera en sentido inverso—, que consiste en dos bandas excisas de zigzag que forman un ángulo y abrazan series de ángulos incisos; al exterior de cada uno de estos conjuntos, y en sentido inverso, grupos de ángulos incisos, dos en uno de ellos y uno en los otros dos. Las bases ostentan la misma decoración, aunque con orientación perpendicular entre sí, constituida por cinco bandas de zigzag delimitadas por líneas, todo ello en técnica excisa.

Dimensiones: altura: 45 mm, diámetro: 60 mm.

Procedencia: El Soto de Medinilla, Valladolid.

Bibliografía: Martín y Romero, 1980: 161, fig. 1, lám. 1-1.

19. Sonajero cilíndrico, en pasta anaranjada, con decoración exclusivamente excisa en todas sus caras. En la pared se observan tres metopas configuradas por dos zigzag verticales y dos líneas simples entre ambos, las cuales crean tres espacios uno menor liso y otros dos mayores decorados: el primero, con dos triángulos inscritos con el vértice hacia abajo atravesado por una línea vertical, y, el segundo, con seis triángulos inscritos tres a tres en dos triángulos invertidos y complementarios. En las bases la decoración es radial, pero con cierta libertad, como si se hubiera querido eludir la simetría: en una de ellas se marcan seis radios de triángulos excisos más un séptimo en línea simple; en la otra son cuatro radios de zigzags los que determinan otros tantos interespacios rellenos con triángulos excisos en tres ocasiones y con dos bandas paralelas de zigzags en el restante.

Dimensiones: altura: 46 mm; diámetro: 57 mm.

Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid), tumba 127b-U.

Bibliografía: Sanz y Romero, 2008: 11, fot. sup. izda.; Romero y Sanz, 2009, 76-82, fig. 2; Sanz *et alii*, 2009: 75; Sanz y Romero, 2010: 407, fig. 3.

20. Fragmento de un sonajero cilíndrico, en pasta anaranjada. La pared, ligeramente abombada, presenta decoración excisa constituida con dos bandas horizontales continuas ceñidas a sus bordes, entre las cuales se disponen, a intervalos, otras verticales. En lo conservado de una de las bases puede verse que bandas similares a las descritas decoraban su superficie en disposición radial.

Dimensiones: altura: 50 mm, diámetro máximo: 85 mm, diámetro de la base: 77 mm.

Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid); sector G2a1-G2a2, posición secundaria.

21. Fragmento de una de las bases de un sonajero cilíndrico, en pasta anaranjada. Está decorada con una banda de zigzag exciso radialmente dispuesta.

Dimensiones: diámetro: 65 mm.

Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid); sector G1a10, posición secundaria.

22. Base circular de un sonajero cilíndrico realizado en pasta anaranjada. Está decorada con un motivo aspado constituido por dos bandas: la primera, formada por dos líneas incisas rectas que enmarcan una serie de impresiones rectangulares; la segunda, por tres líneas incisas con doble relleno de las mencionadas impresiones rectangulares.

Dimensiones: diámetro: 78 mm.

Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid); sector Da1, posición secundaria.

23. Fragmento de pared muy fina de un sonajero cilíndrico elaborado con pasta anaranjada. Muestra una decoración excisa de banda de zigzags ceñida al borde, que sirve de marco a otra de triángulos excisos conformando, aparentemente, secuencias de estrellas de cuatro puntas.

Dimensiones: diámetro de la base: 66 mm.

Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid); sector VIAH, posición secundaria.

24. Fragmento de un sonajero, en pasta anaranjada y de finas paredes, del que se conservan parte de una de las bases y del arranque del cuerpo cilíndrico. La decoración, que se desarrolla en el cuerpo, está organizada en grupos de bandas verticales de zigzag exciso que se alternan con espacios lisos. La base es lisa y la arista de contacto con la pared está biselada.

Dimensiones: diámetro: 67 mm.

Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid); sector IIT-70.

Bibliografía: Sanz, 1997: 175, núm. 538, fig. 171-538.

25. Fragmento del cuerpo de un sonajero cilíndrico de coloración negra intensa. La decoración excisa se articula, como en otros casos, por bandas verticales de zigzag que sirven de marco a otros espacios decorativos más anchos; el conservado presenta una serie de líneas paralelas horizontales de cuatro o cinco pequeños triángulos excisos con el vértice hacia abajo.

Procedencia: necrópolis de Las Erijuelas de Cuéllar (Segovia), material “suelto” de la sepultura XVII, C-531.

Bibliografía: Molinero, 1971: 106, núm. 3.506, lám. CLXXVIII-C.531; Barrio, 1988: 172, núm. C-531, lám. 84-531; Sanz, 1997: 333.

26. Mitad inferior de un sonajero cilíndrico realizado a torno con las paredes ligeramente exvasadas, lo que le da una forma levemente abocinada. Tiene base plana y muestra en ella un orificio central; en el contacto con esta y a media altura la pared presenta una y dos acanaladuras, respectivamente. La decoración se completa con líneas onduladas u ovas pintadas en tonos marrones: dos verticales y una horizontal que corre bajo el par de acanaladuras del estrangulamiento.

Dimensiones: altura conservada.: 60 mm, diámetro base: 64 mm, diámetro máximo: 74 mm.

Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid); sector G2c1-G2c2, posición secundaria.

Tipo V. Sonajeros de carrete (Fig. 8).

Este tipo en realidad podría considerarse una variante del anterior, ya que posee un cuerpo igualmente cilíndrico; sin embargo, la clara intención de que sus bases, mejor tapas ahora, sobresalgan más allá del perfil del cuerpo les otorga su característica forma de carrete. Por lo demás, su decoración obedece, como en el caso anterior, a composiciones radiales en las tapas y a frisos corridos o metopados en sus paredes. Conformados a partir de un cilindro de unos 35 mm de altura y 36 mm de diámetro, se cierran con bases ligeramente más anchas, de entre 44-50 mm de diámetro.

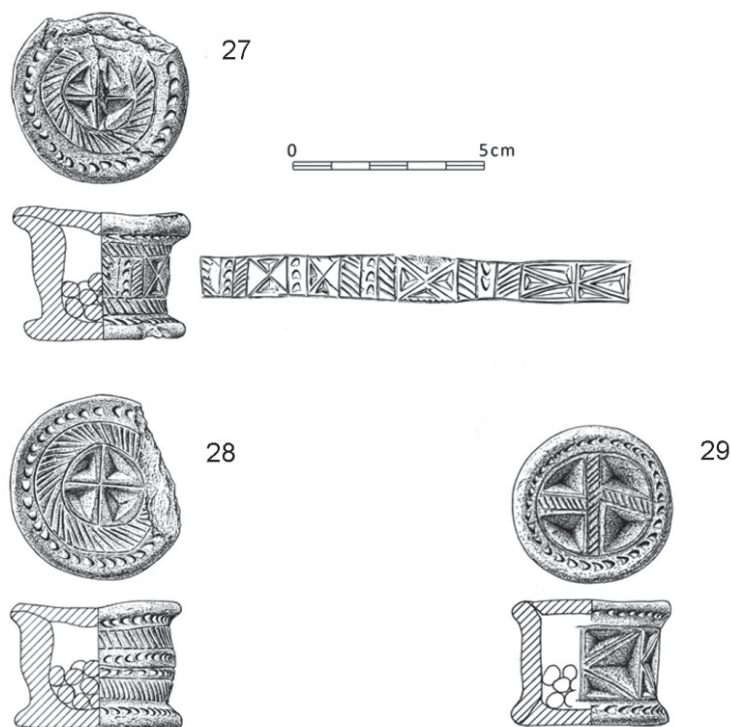


Fig. 8. Sonajeros de carrete, tipo V.

27. Sonajero en forma de carrete realizado en pasta anaranjada, decorado en toda su superficie con motivos excisos, incisos e impresos. En el cuerpo presenta un friso metopado, en el que alternan cuatro grupos de bandas verticales de impresiones a punta de navaja entre líneas oblicuas incisas, con otros cuatro grupos de motivos aspados que incluyen diversos triángulos –dos, cuatro y seis– excisos. En las bases la decoración es de círculos concéntricos, entre los cuales, y de fuera a dentro, aparecen: impresiones a punta de navaja, líneas incisas oblicuas y cruciforme con cuatro triángulos excisos inscritos. La rotura de una de las tapas permitió contabilizar veintiocho bolitas de arcilla en su interior.

Dimensiones: altura: 35 mm, diámetro de las bases: 47 mm, diámetro del cuerpo: 38 mm.

Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid), tumba 90-U.

Bibliografía: Sanz y Diezhandino, 2007: 101, fot. p. 101; Sanz *et alii*, 2007: 293-294, fig. 3; Sanz, 2010: 226, fig. 27.

28. Sonajero de carrete, en pasta anaranjada, decorado en toda su superficie con motivos excisos, incisos e impresos. En el cuerpo presenta dos bandas de líneas oblicuas incisas entre líneas horizontales, enmarcadas por series de impresiones a punta de navaja. En las bases la decoración viene a coincidir exactamente con la descrita para el ejemplar núm. 27.

Dimensiones: altura: 35 mm, diámetro de las bases: 50 mm, diámetro del cuerpo: 43 mm.

Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid), tumba 90-V.

Bibliografía: Sanz y Diezhandino, 2007: 101; Sanz *et alii*, 2007: 293-294; Sanz, 2010: 226, fig. 27.

29. Sonajero en forma de carrete en pasta anaranjada, decorado en toda su superficie con motivos excisos, incisos e impresos. El cuerpo ofrece un único friso, con metopas constituidas por tres triángulos excisos adaptados a un espacio rectangular, enmarcado por líneas de impresiones triangulares a punta de navaja. En las bases la decoración se articula en un círculo dividido en cuadrantes –cada uno con un triángulo exciso inscrito– mediante dos bandas rellenas, en una de las bases por trazos oblicuos, en la otra por impresiones triangulares a punta de navaja; circunda a todo ello, en una y otra base, una línea de triángulos impresos.

Dimensiones: altura: 34 mm, diámetro de las bases: 41/44 mm, diámetro del cuerpo: 36 mm.

Procedencia: necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid), tumba 93-C.

Bibliografía: Sanz *et alii*, 2007: 294.

Tipo VI. Sonajeros fusiformes (Fig. 9).

Tan sólo corresponde a este tipo un ejemplar incompleto procedente de El Soto de Medinilla, decorado con técnica excisa, del que se desconoce el contexto del hallazgo.

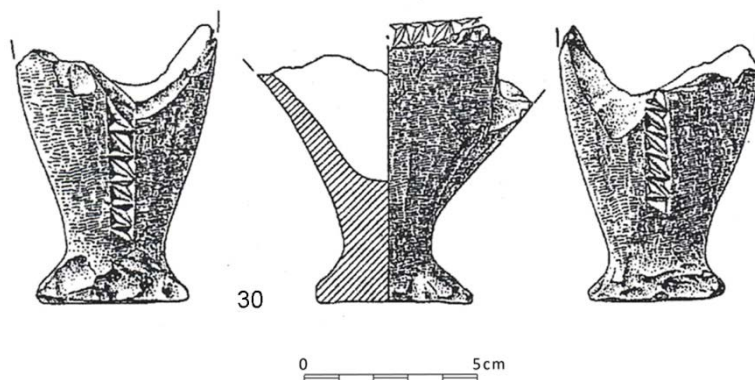


Fig. 9. Sonajeros fusiformes, tipo VI.

30. Probable sonajero de tendencia fusiforme, con una pequeña base a partir del cual las paredes se abren progresivamente. Está decorado por dos bandas perpendiculares de zigzag exciso.

Dimensiones: diámetro: 58/83 mm, diámetro base: 44 mm.

Procedencia: El Soto de Medinilla, Valladolid.

Bibliografía: Sanz, 1997: 335, fig. 215-1.

2. Decoración

El campo decorativo condiciona en buena medida las sintaxis compositivas, y en el caso de los sonajeros se aprecia muy claramente que comparten un programa ornamental en nada discordante del aplicado con carácter general en las llamadas producciones singulares vacceas –cajitas, barcas, pies, etc.– (Sanz, 1997: 314-349), adaptándose a las superficies planas o combadas de los modelos correspondientes.

Así, en los sonajeros esféricos y lenticulares –tipos I y III– se observa un esquema común al desarrollado en las bolas o canicas de barro vacceas, consistente en compartimentar la esfera en cuadrantes mediante el empleo de impresiones de finas púas de peine impreso –núms. 4, 5 y 13–, incisión simple o múltiple –núms. 8 y 7– y excisión –núms. 10 y 11–. Los espacios así delimitados pueden rellenarse con impresiones de punta roma o esferas –núm. 8–, motivos aspados incisos –núm. 7– o motivos impresos unguiformes y estampados de círculos segmentados o compartimentados –núm. 13–. En otros casos se aplicó un único motivo decorativo en toda la superficie de la esfera: impresiones de trazos rectos –núm. 6– o de puntas huecas que

crean círculos –núm. 9–. Por último no faltan aquellos que carecen de cualquier tipo de decoración –núms. 1 a 3–.

Núm.	Procedencia	Tipo						Superficie					Contexto		
		I	II	III	IV	V	VI	Lisa	Decorada					Pob	Nec
									In	Ex	Im	Pe	Pin		
1	PD/PN	•						•							¿?
2	PD	•						•							ps
3	PD	•						•							ps
4	Soto M	•									•			•	
5	PD/PN	•									•				¿?
6	Coca	•									•			•	
7	PD	•							•		•				ps
8	PD	•							•		•				153
9	PD	•									•				ps
10	PD	•							•	•					ps
11	PD	•								•	•				ps
12	PD		•						•	•					ps
13	PD			•							•			•	
14	PD			•									•		67
15	PD				•			•							38
16	PD				•					•					154
17	PD				•						•	•			ps
18	Soto M				•					•				•	
19	PD				•					•					127b
20	PD				•					•					ps
21	PD				•					•					ps
22	PD				•				•		•				ps
23	PD				•					•					ps
24	PD				•					•					ps
25	Cuéllar				•					•					XVII
26	PD				•								•		ps
27	PD					•			•	•	•				90
28	PD					•			•	•	•				90
29	PD					•			•	•	•				93
30	Soto M						•			•				•	

TABLA I

Los sonajeros vacceos

Procedencia: PD (Padilla de Duero), PN (Paredes de Nava), Soto M (Soto de Medinilla).

Superficie decorada: In (incisa), Ex (excisa), Im (impresa), Pe (a peine), Pin (pintada).

Contexto: Pob (poblado); Nec (necrópolis), ps (posición secundaria).

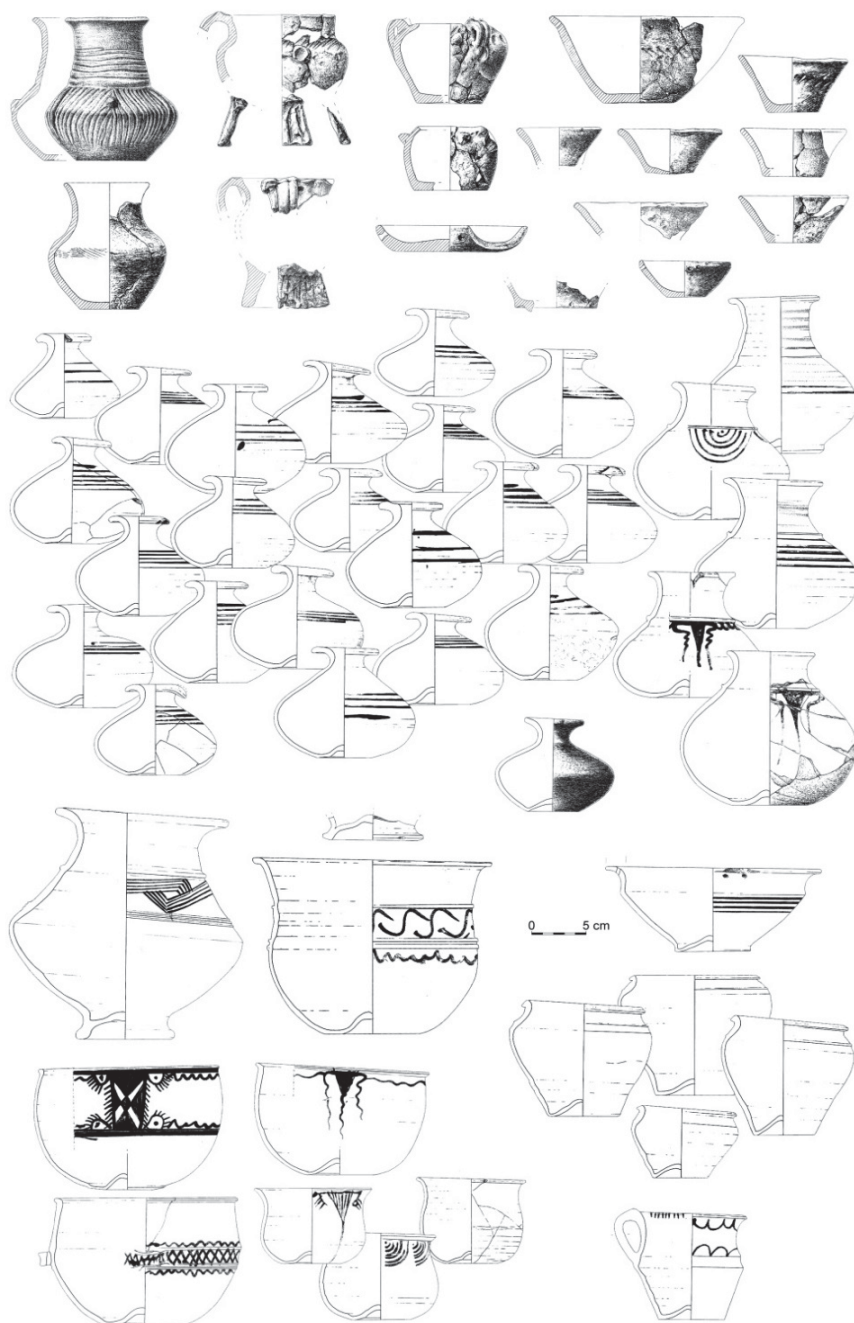


Fig. 10. Tumba 153 de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid): vasos de cerámica.

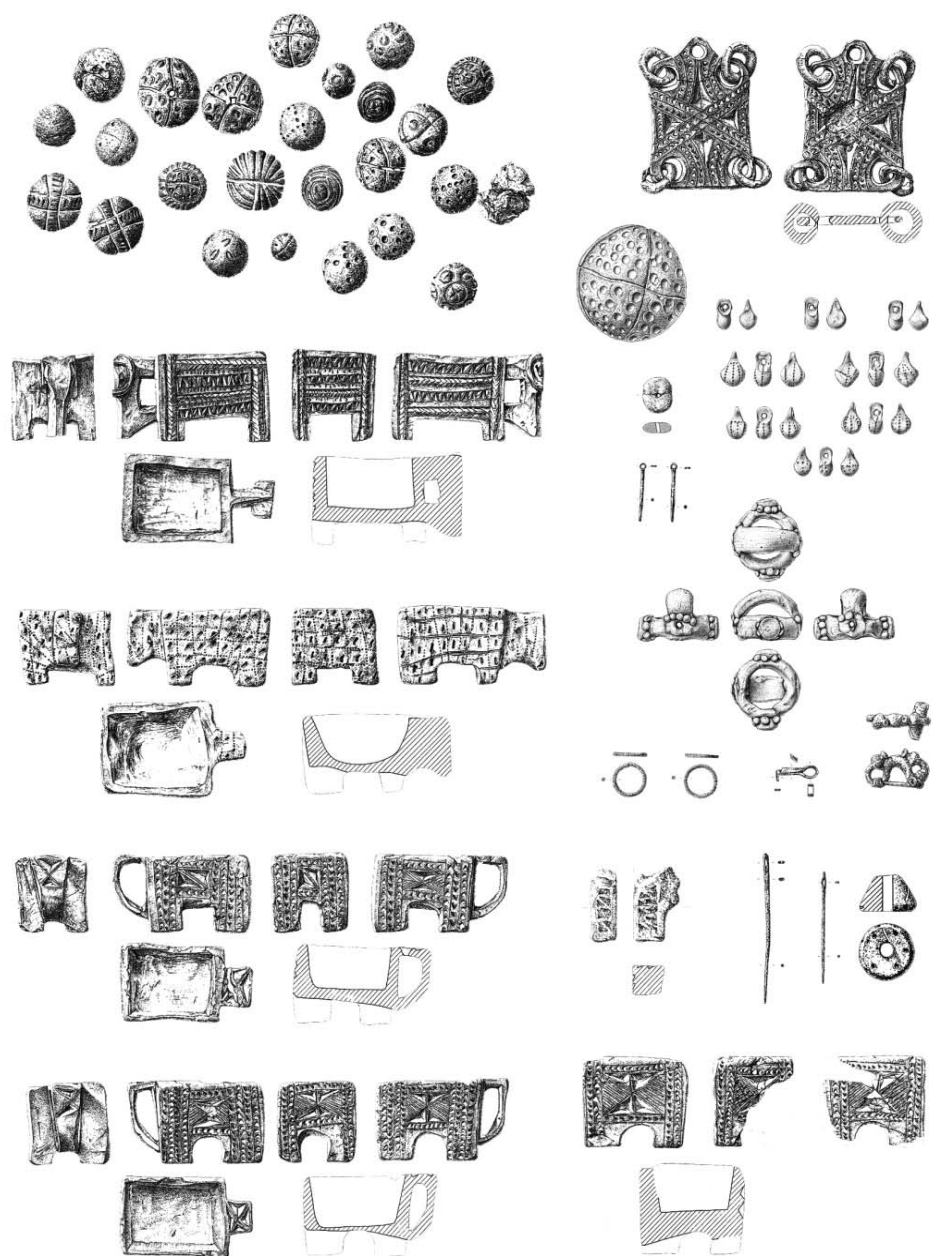


Fig. 11. Tumba 153 de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid): piezas de cerámica singulares y elementos metálicos.

Entre los sonajeros cilíndricos y de carrete –tipos IV y V– se documentan, al igual que en los tipos anteriores, algún ejemplar sin decoración alguna –núm. 15–, por un lado, y por otro, bien que excepcionalmente, alguna pieza que reproduce los esquemas decorativos previamente descritos: impresiones de peine impreso segmentando la pared y las tapas y rellenos de impresiones triangulares y circulares de punta roma –núm. 17–. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones la decoración excisa está presente tanto en las paredes como en las tapas, siendo en estas últimas donde suele reproducirse un modelo radial o aspado –núms. 19, 21, 22, 27, 28 y 29–, aunque en algún caso se observa una sucesión de bandas de zigzags excisos –núm. 18–. En la decoración de las paredes pueden aparecer bandas excisas –núms. 20 y 21– o impresas –núms. 27, 28 y 29– delimitando el espacio; de cualquier forma, la decoración se organiza bien como friso corrido –núms. 28 y 29– bien metopado y, por tanto, compartimentado verticalmente –núms. 23 y 27–. Tres ejemplares merecen con todo una atención particular, al presentar rasgos peculiares: así, en primer lugar, en la pieza núm. 18, en la que los espacios que median entre las tres asas incluyen una composición de dos o tres series de ángulos concéntricos de excisión diédrica yuxtapuestos, delimitados por zigzags excisos triédricos; en el sonajero recogido con el núm. 19 alternan bandas de zigzag triédrico con otras de dos líneas en excisión diédrica, creando dos espacios de mayor tamaño que incluyen motivos principales de excisión diédrica o triédrica; finalmente, en la tercera pieza, asimismo completa lo que permite valorar su composición –núm. 27–, bandas verticales de impresiones e incisiones compartimentan espacios en los que se desarrollan motivos aspados con dos, cuatro y seis triángulos de excisión triédrica inscritos.

Una pieza más, dentro del grupo de los sonajeros cilíndricos, llama poderosamente nuestra atención; nos referimos al sonajero núm. 16 que muestra una línea incisa central en la pared y sobre o bajo ella un único triángulo de excisión triédrica. La interpretación más sencilla a este proceder podría estar sencillamente en que para la realización de las decoraciones excisas es necesario que el barro se encuentre en “textura de cuero”, es decir, que el barro se haya desprendido de buena parte de la humedad necesaria para su modelado, pero sin alcanzar un estado de dureza y sequedad completa; en tal situación la superficie puede ser tallada adecuadamente mediante el corte a bisel con una punta de cuchillo o navaja en unos 45 grados de inclinación, enfrentando los planos de corte ya sea en ángulo diédrico, triédrico o tetraédrico. En consecuencia, podría haber ocurrido que el barro se hubiera secado más de lo debido y que, una vez iniciada la ejecución de la decoración, al apreciarse lo inadecuado de la textura, se abandonara apenas comenzada. Otra posibilidad, dado el carácter simbólico-protector que posee la técnica decorativa de la excisión (Sanz, 1997: 349), es que la decoración plasmada respondiera a lo pretendido y fuera tan parca como precisa respecto del diseño pensado con alguna finalidad concreta que se nos escapa.

Incluyen asimismo bandas de zigzag exciso los dos únicos ejemplares conocidos hasta la fecha de los tipos II y VI, es decir, hemisféricos –núm. 12– y fusiformes –núm. 30–, pero su conservación fragmentaria impide mayores consideraciones en cuanto a las sintaxis compositivas.

La decoración pintada precocción, realizada con óxido de manganeso, resulta excepcional, pero está igualmente atestiguada a través de dos ejemplares: el lenticular núm. 14 y el cilíndrico núm. 26. El primero de ellos está decorado con una fina línea helicoidal similar a las que muestran las botellas de boca de seta, con las que cabe relacionarlo formalmente por su cuerpo abombado –forma X, variante 3, de las cerámicas finas pintadas de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Sanz, 1997: 291-292, figs. 154-216 y 211)–; una relación que se acentúa de fijarnos, una vez más, en los falsos *kotyliskoi* de uno de los *kernoi* de la necrópolis palentina de Eras del Bosque (Barril, 1990: fig. 3, fot. 2). En el segundo la decoración consiste en una línea horizontal de pequeñas ovas, que discurre bajo el par de acanaladuras que muestra el cuerpo, y en otras dos onduladas y verticales que recorren a este de arriba abajo.

3. Técnicas constructivas

Estos singulares objetos fueron elaborados con pastas ocreas o anaranjadas⁴ muy decantadas y mayoritariamente fabricados a mano; constituyen una excepción dos piezas hechas a torno de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*, precisamente aquellas que presentan decoración pintada –núms. 14 y 26–. Su cocción tuvo lugar en hornos oxidantes, aunque nos consta que algunos ejemplares no sufrieron esta fase final del proceso de fabricación, caso de los de tipo carrete –núms. 27 a 29–. Tan sólo dos ejemplares conservan huellas de haber contado con asas, el hemisférico –núm. 12– y el cilíndrico de El Soto de Medinilla –núm. 18–; dicha pérdida es fácilmente explicable si tenemos en cuenta que, frente a cuanto ocurre en las cajitas excisas, en las que asas y patas son solidarias al cuerpo de la pieza, las asas que ahora nos ocupan fueron pegadas a la superficie de las misma (Sanz, 1997: 315 y 333).

Los esféricos pudieron construirse con la unión de dos piezas hemiesféricas o, más probablemente, a partir de una pella ahuecada y progresivamente cerrada sobre sí misma; en los cilíndricos y de carrete el cuerpo debió levantarse a partir de una de las bases, procediéndose con posterioridad a cerrarlo con una tapa circular. En uno y otro caso la unión de las diferentes piezas fue debidamente sellada y disimulada con la misma arcilla, no sin antes introducir los elementos que los harían sonar. La rotura acciden-

⁴ En el caso de la pieza núm. 25, procedente de Las Erijuelas de Cuéllar, la coloración negra intensa (Barrio, 1988: 172) podría deberse a procesos posteriores a su fabricación.

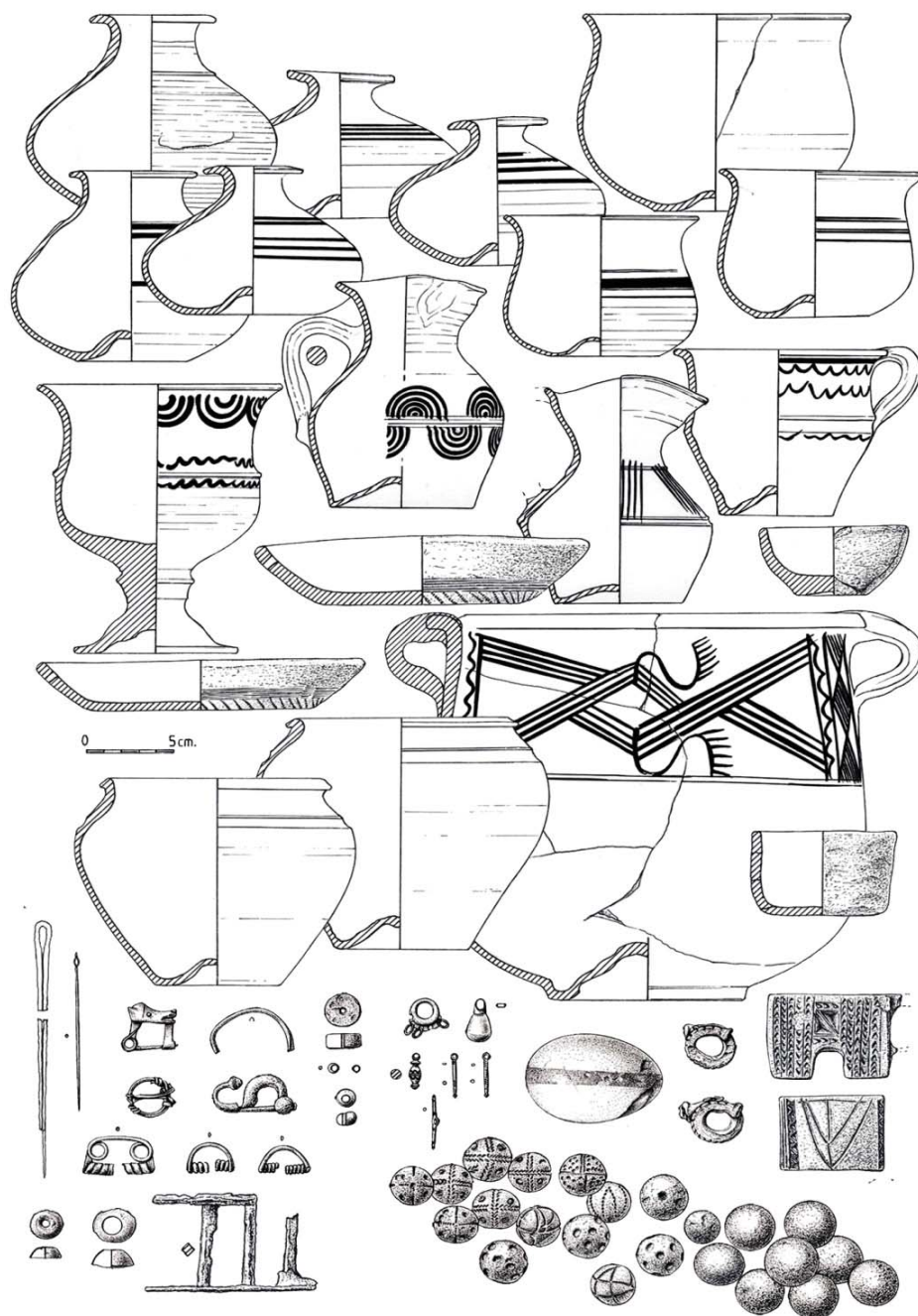


Fig. 12. Necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid), tumba 127b.

tal del ejemplar de la tumba 67 de Las Ruedas de *Pintia* –núm. 14– permite precisar algunas otras cuestiones: levantado en este caso a torno a partir de su base plana, fue cerrado en la parte superior con un umbo; su interior contenía media docena de bolitas de barro y un polvillo blanquecino, cuya función entendemos era evitar que dichas bolitas se pegasen entre sí o se adhirieran al interior de las paredes⁵; tales elementos se habrían introducido, previamente a su cocción, a través del orificio practicado en el centro del cuerpo, pues el mismo fue sellado con un taponcito de arcilla hábilmente enmascarado (Sanz *et alii*, 2007: 294).

Otros ejemplares presentan asimismo orificios, aunque sin cerrar y disimular como ocurriera en el caso antes citado; tal ocurre en cuatro procedentes de *Pintia*: el cilíndrico de la tumba 38 de Las Ruedas –núm. 15–, el del mismo tipo hecho a torno y recuperado en el mismo cementerio en posición secundaria –núm. 26–, el lenticular del poblado de Las Quintanas –núm. 13– y el cilíndrico de la tumba 127b de Las Ruedas –núm. 19– que aprovecha una de las excisiones decorativas para pasar desapercibido, aunque en este caso cabría pensar en un accidente al penetrar con la punta de la navaja en la superficie del sonajero más allá de lo deseado. En los dos primeros casos es posible que sirvieran, al igual que en el que acabamos de describir, para introducir las bolitas y el polvillo antiadherente, pero no puede decirse lo mismo en relación con el tercero, ya que, además de presentar seis, estos son de tamaño muy reducido. Ello ha dado pie a otras posibles explicaciones; así, R. Martín y F. Romero (1980: 162) proponían, al estudiar el de Las Quintanas y contabilizar el número de orificios que presentaba, que tendrían la finalidad de mejorar y acentuar el sonido; por su parte, M. Barril (1990: 332), y poco después C. Sanz (1997: 335), sugirieron que sirvieran para propiciar la cocción y evitar la rotura de las piezas durante la misma⁶. Visto que la mayoría de los sonajeros documentados no cuentan con dichas perforaciones, habría que pensar que estas no eran imprescindibles para los fines propuestos y que, de no ser necesarias para asegurar la cocción adecuada, pudieran propiciar el incremento del sonido al agitarlos⁷.

⁵ Es efectivamente probable que mejor que piedrecitas se introdujeran en los sonajeros un número indeterminado de pelltas esféricas de arcilla –seis en el referido ejemplar, mientras que se recogieron veintiocho en la pieza núm. 27, un número nada despreciable si se tiene en cuenta su tamaño que pudo comprobarse al presentar rota una de sus tapas (Sanz *et alii*, 2007: 294)–, además de ceniza para evitar que aquellas se adhirieran a las paredes durante el proceso de cocción.

⁶ Otro tanto se señalaba en relación con los que presenta una pieza gala de Pas-de-Calais: “A la partie inférieure [...] se trouvent deux trous [...] qui sont destinés à mettre en communication une chambre intérieure avec l’air chaud du foyer, pour assurer une bonne cuisson et empêcher l’éclatement de la pièce” (Commont, 1912: 72).

⁷ Lo dicho en última instancia no deja de ser arriesgado y requiere, cuando menos, alguna matización: en primer lugar, hay que tener presente que bastantes de las piezas estudiadas han llegado hasta nosotros en forma fragmentaria, por lo que es imposible saber si en su día contaron o no con orificios como los comentados; por otro lado, de asociarse estas perforaciones al proceso de cocción, sería de esperar que aquellas

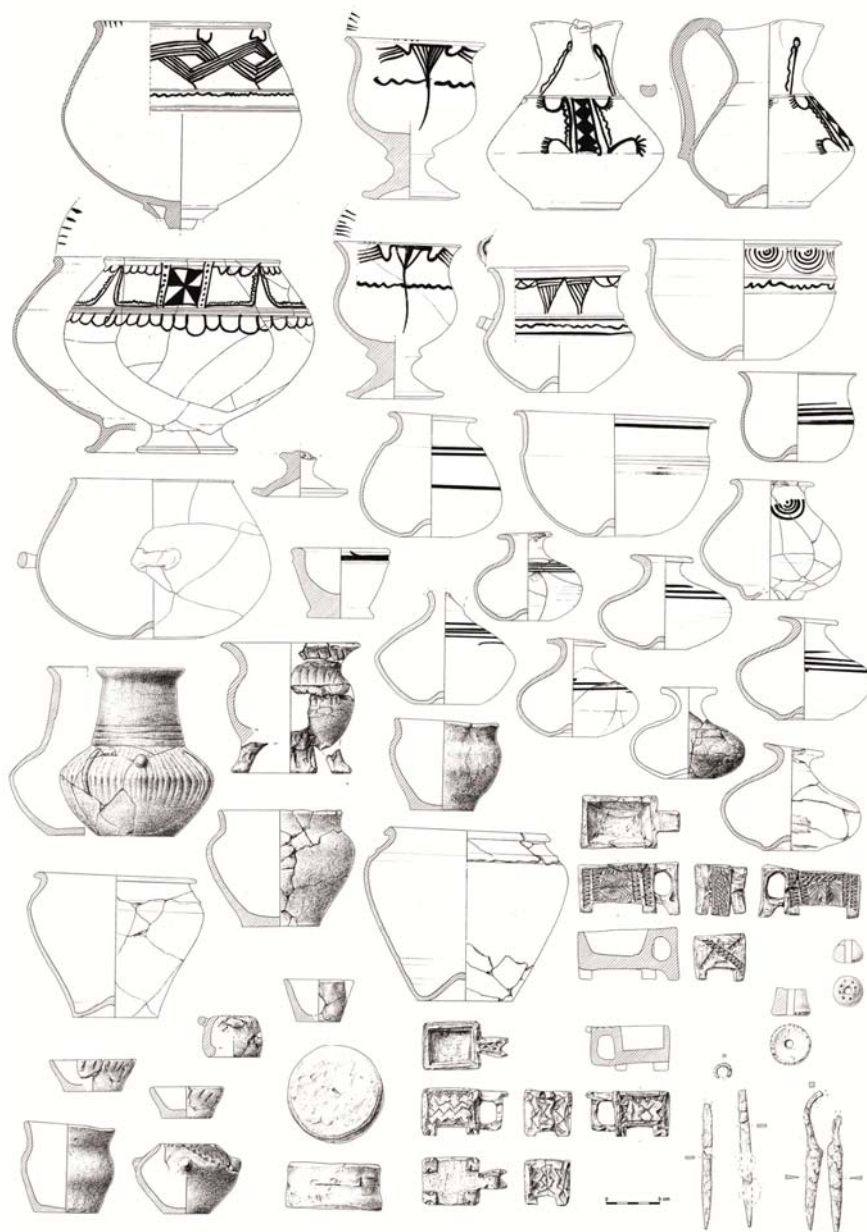


Fig. 13. Ajuar de la tumba 154 de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid).

piezas que no pasaron por esta fase en su fabricación no las tuvieron, como de hecho así ocurre con los tres ejemplares de carrete –núms. 27 a 29–.

4. Contexto arqueológico

La mayor parte de los sonajeros con que contamos hasta la fecha son fruto de hallazgos superficiales o fueron recuperados en posición secundaria en las excavaciones de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*. Solo ocho ejemplares, correspondientes a siete tumbas del cementerio citado, se benefician de un contexto preciso. Se trata de los sonajeros de los tipos I, III, IV y V –esféricos, lenticulares, cilíndricos y de carrete, respectivamente– aparecidos en las tumbas 153 –pieza núm. 8–, 67 –núm. 14–, 38 –núm. 15–, 154 –núm. 16–, 127b –núm. 19–, 90 –núms. 27 y 28– y 93 –núm. 29–; aun así, los conjuntos 67 y 93 mostraban evidencias de cierta alteración del depósito, con la consiguiente pérdida de elementos originalmente asociados, razón por la cual los tendremos en consideración solo parcialmente. El resto de las tumbas mostraban, por el contrario, una muy buena conservación, correspondiendo a conjuntos de riqueza muy sobresaliente; el simple recuento de las piezas que incluyen resulta bien expresivo de esta realidad: 112 –tumba 153 (Figs. 10 y 11)–, 69 –tumba 127b (Fig. 12)–, 41 –tumba 154 (Fig. 13)–, 38 –tumba 38 (Fig. 14)– y 32 –tumba 90 (Fig. 15)–.

Todos estos conjuntos, a excepción de la tumba 67, ofrecieron un paquete de restos óseos cremados que han sido analizados de cara a establecer el sexo y edad del fallecido, aunque los resultados permanecen en su mayor parte inéditos. En tres de los casos –tumbas 38, 93 y 154– se trata de individuos adultos: es el primero de ellos un varón de entre 30 y 40 años (Reverte, 1997: 538), al que acompañaban escasos restos de su armamento (Sanz, 1997: 96-100, fig. 92), en tanto que los otros dos son indeterminados, si bien pudiera deducirse que el enterrado en la tumba 154 fuera una mujer a partir de la inclusión de dos fusayolas en su ajuar. Los otros tres –tumbas 90, 127b y 153– se corresponden con individuos inmaduros, asimilables a la *infantia*, el primero (Sanz y Diezhandino, 2007: 101; Sanz, 2010: 226), y a la *pueritia* los dos últimos, pudiendo precisarse que el de la sepultura 127b tuviera entre 6 y 7 años; de acudir, una vez más, al dato añadido que al estudio antropológico suma la composición de los ajuares y las ofrendas, la presencia de agujas de coser y fusayolas cerámicas, podría hacernos convenir el carácter femenino de las dos púberes enterradas en las tumbas 127b (Sanz y Romero, 2008: 11; Romero y Sanz, 2009, 76; Sanz *et alii*, 2009: 72; Sanz y Romero, 2010: 406) y 153 (Sanz y Romero, 2009: 11).

En consecuencia, tendríamos que vincular los sonajeros a individuos adultos alofisos –tumba 93–, adultos masculinos con armas –tumba 38–, femeninos adultos –tumba 154–, púberes femeninas –tumbas 127b y 153– y, más inciertamente, niños –tumba 90–. Y, a la luz de estas correlaciones cabe pensar que la presencia de los sonajeros en las tumbas tuviera como objetivo una acción protectora o profiláctica, independientemente del género o la edad de los fallecidos, si bien cabría apuntar que hubo una mayor inclinación a dotar de este elemento ritual a las sepulturas infantiles, incluso por partida doble como en el caso de la tumba 90.

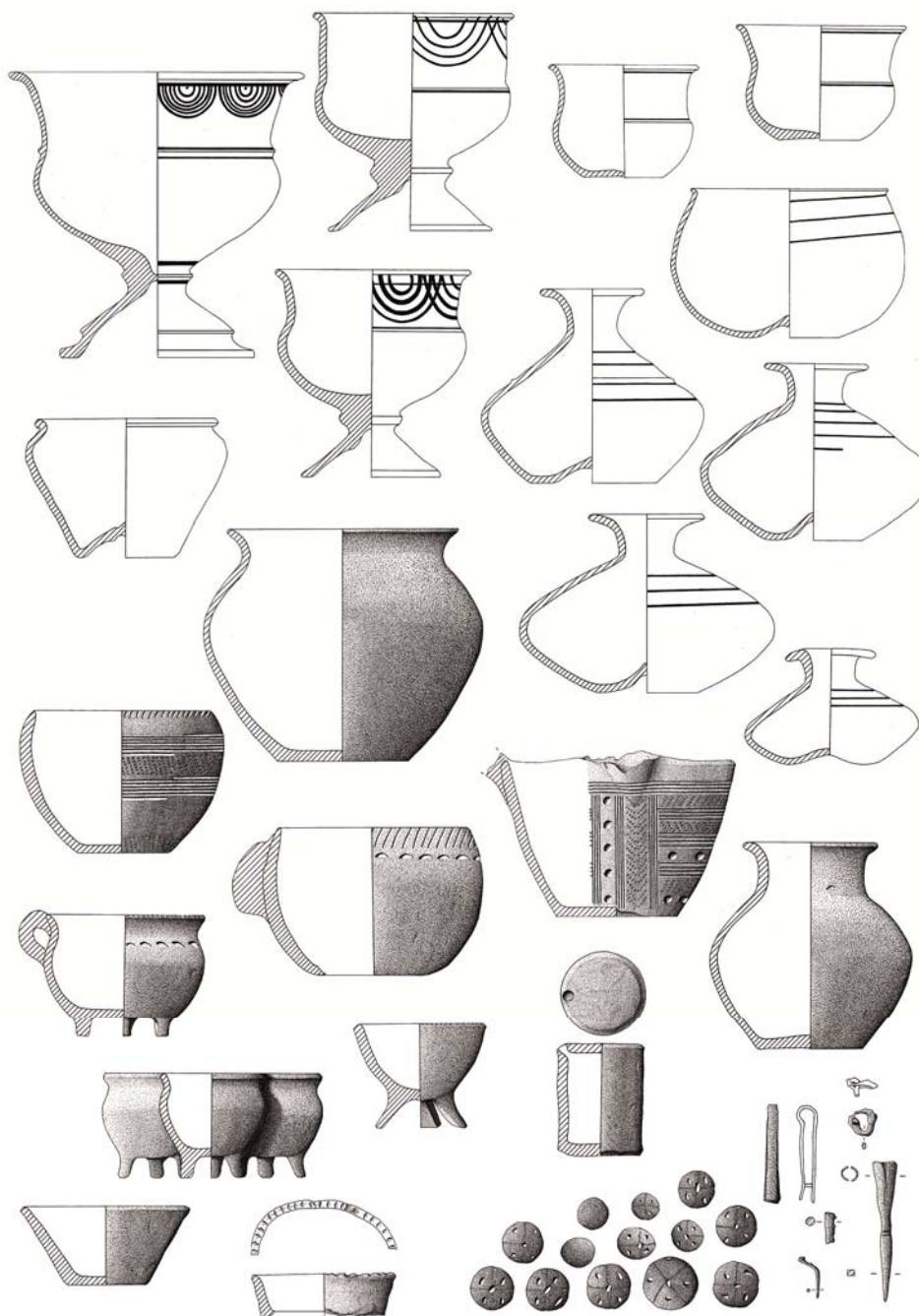


Fig. 14. Necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid), ajuar de la tumba 38.

No habremos de entrar aquí en el análisis pormenorizado de los diferentes elementos que integran los ajuares, en los que encontramos un nutrido conjunto de recipientes de diversa naturaleza y tipología y que habrían de servir para contener ofrendas viáticas, más o menos estandarizadas según edad, sexo, condición, etc., pero no nos resistimos a llamar la atención acerca de la presencia reiterada en los mismos de algunas otras producciones cerámicas, como puedan ser las cajitas zoomorfas excisas –documentadas en las tumbas 90, 93, 127b, 153 y 154– y las bolas o canicas –atestiguadas también en las tumbas citadas salvo en la 154–; objetos asimismo singulares que vendrían a reforzar seguramente el carácter profiláctico o protector de los sonajeros a los que se asocian.

5. Cronología

Teniendo en cuenta que los dos primeros sonajeros dados a conocer eran fruto de hallazgos casuales, su datación hubo de basarse en el análisis de los paralelos que ofrecían, tanto sus motivos y esquemas decorativos como las técnicas con que fueron ejecutados, con los de otras producciones cerámicas del ámbito vacceo, caso de las llamadas barcas solares, pero, sobre todo, las cajitas excisas; ello llevó a situarlos entre fines del siglo III y el siglo I a.C., y posiblemente en esta última centuria de tener en cuenta las dataciones propuestas para una barquita y una cajita de los cenizales de Simancas y otra cajita de uno de los niveles del poblado vallisoletano de El Soto de Medinilla (Martín y Romero, 1980: 164-165).

Habría que esperar más de tres lustros para que las excavaciones en la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* depararan el primer ejemplar debidamente contextualizado; ello ocurría en la tumba 38 (Sanz, 1997: 96-100, figs. 90-92), cuyo nutrido ajuar –integrado, además de por el sonajero que comentamos, por trece canicas, una veintena de vasos cerámicos y cinco piezas de hierro, entre las que destaca un regatón (Fig. 14)– y su posición en la estratigrafía horizontal del cementerio permitieron fecharla entre los siglos III y II a.C. (Sanz, 1997: 336).

La prosecución de los trabajos en el cementerio mencionado, a partir del año 2000, han venido proporcionando, además de varias piezas en posición secundaria, otras más en diferentes tumbas: así, uno en la tumba 67 (Sanz *et alii*, 2003: 212-215, fig. 10; Sanz *et alii*, 2006: 75-76, fig. 10), dos en la 90 (Sanz y Diezhandino, 2007: 99-102, fot. p. 101; Sanz *et alii*, 2007: 293-294, fig. 3; Sanz, 2010: 226, fig. 27), uno en la 93 (Sanz *et alii*, 2007: 294), otro más en la 127b (Sanz y Romero, 2008: 11-12, fot. sup. izda.; Romero y Sanz, 2009, 73-82; fig. 2; Sanz *et alii*, 2009: 71-80; Sanz y Romero, 2010: 406-407 y 411, fig. 3;), uno en la 153 (Sanz y Romero 2009: 11-13, fig. p. 13 arriba) y una séptima, finalmente, en la 154. Salvo la tumba 67, sobre la que

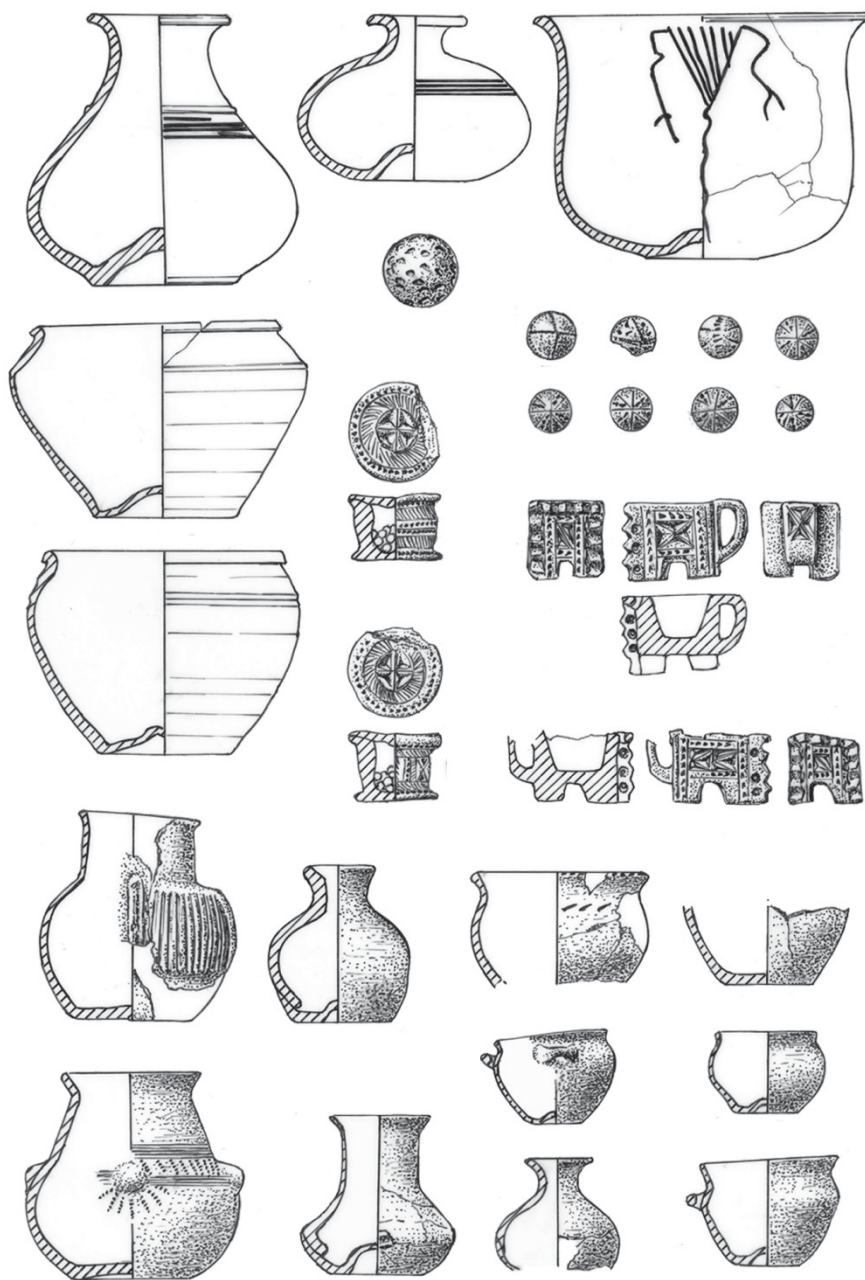


Fig. 15. Ajuar de la tumba 90 de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid).

nos detendremos más adelante, las restantes han venido fechándose en el siglo II a.C., incluida la 127b, pese a haberse encontrado en el sector más antiguo de la necrópolis⁸.

Apoyan dicha datación en la segunda centuria antes del cambio de era las botellitas de cerámica negra bruñida que aparecen en las tumbas 153 y 154, pues dicha producción se data en los dos últimos siglos a.C. (Romero *et alii*, 2012: 632-634). En esas mismas centurias se fecha la orfebrería vaccea, cronología de la cual se benefician las réplicas en barro de algunas joyas como las documentadas en las sepulturas 127b y 153 (Romero y Sanz, 2010b: 456-460). Las tumbas 90 y 93 contienen cajitas y otros objetos en miniatura, asimismo de cerámica, cuya datación parece arrancar de finales del siglo III y desarrollarse a lo largo del II y I a.C. (Sanz, 1997: 326-327). No olvidaremos, finalmente, que los ajuares de las tumbas 127b, 153 y 154 cuentan con objetos tales como jarras y copas de cerámica o parrillas, trébedes y pinzas de hierro, objetos todos ellos asociados a los rituales de comensalidad que, a partir de finales del siglo III a.C., dejan de vincularse exclusivamente a las élites y parecen abrirse a grupos sociales más amplios (Górriz, 2010: 243-248).

Y aun habremos de traer a colación, tal y como apuntábamos líneas arriba, la tumba 67 de Las Ruedas (Fig. 16); de la misma, señalizada por una estela bien trabajada y alojada en una caja de madera, a juzgar por los clavos de hierro recogidos en su entorno, conservamos —pues, como se recordará, estaba alterada y había perdido parte de sus elementos—, además del sonajero hecho a torno y con decoración pintada que aquí nos viene interesando, una lucerna tardo-republicana y un ungüentario de vidrio, piezas ambas que permiten fecharla a principios del siglo I d.C. Una cronología pareja a la propuesta por M. Barril (1990: 339) para los *keranoi* con sonajas —con las que, como dijimos en su momento, guarda significativas analogías el sonajero de la tumba que ahora comentamos— de la necrópolis palentina de Eras del Bosque.

⁸ Como queda dicho algo más arriba, la necrópolis de Las Ruedas cuenta con una estratigrafía horizontal que, si en principio se pensó comprendía desde los inicios del siglo IV a.C. hasta el siglo I d.C. (Sanz, 1993, y 1997: 467-476), trabajos posteriores han permitido ampliar, en relación con la última fecha citada, hasta la segunda mitad del siglo II d.C. (Sanz *et alii*, 2003: 217; Sanz *et alii*, 2006: 77). La tumba 127b, cuyos materiales permiten datarla como queda indicado en el siglo II a.C., se localizó —junto a las 127a y 128—, sin embargo, en la zona del cementerio ocupada en el siglo IV a.C.; un hecho que ya se había advertido en relación con algunas otras sepulturas (Sanz, 1997: 498) y que quizá pudiera ponerse en relación con la posible existencia de zonas correspondientes a diferentes grupos familiares o reservadas a los miembros de la cúspide social, o que debiera entenderse como un intento de reafirmación y legitimación de las élites, apropiándose del ámbito en que se enterró la aristocracia de tiempos pasados y reclamando o exhibiendo así sus vínculos con ella (Romero y Sanz, 2009, 76-77; Sanz *et alii*, 2009: 71; Sanz y Romero, 2010: 413-414), lo que pudiera explicar, a su vez, la complejidad y exclusividad de los rituales funerarios desarrollados con ocasión del enterramiento de las dos mujeres y la niña cuyos restos cobijan las tres tumbas mencionadas (Sanz, 2012: 8-13). Otras explicaciones alternativas a la reutilización de un sector antiguo del cementerio —el E2— pudieran tener que ver con la destrucción generalizada de ciertas áreas relevantes del mismo —caso del sector G1, en el que cabría haber encontrado los conjuntos que comentados, habida cuenta su riqueza, constitución y cronología—, contemporánea del proceso de conquista romana, o con factores de índole interna difíciles de precisar (Sanz, 2012: 13).

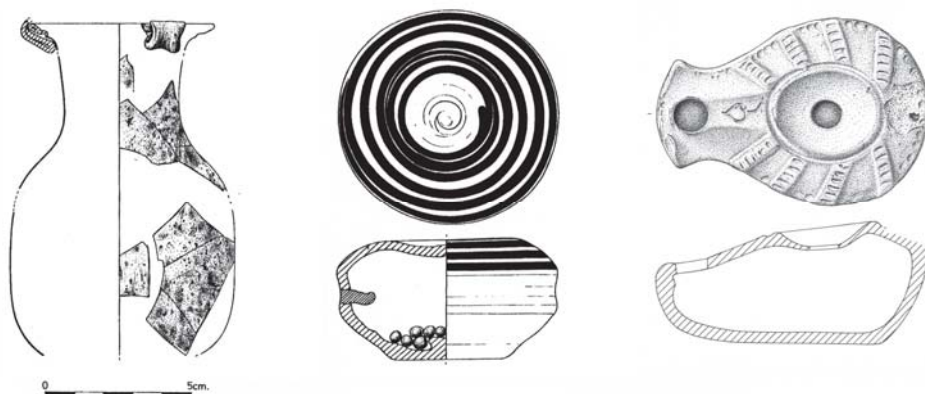


Fig. 16. Necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid), materiales conservados de la tumba 67.

En definitiva, podemos concluir señalando que la vida de los sonajeros vacceos parece haberse desarrollado a lo largo de aproximadamente cuatro centurias y puede datarse entre finales del siglo III a.C. y, cuando menos, los inicios del I d.C.

6. Funcionalidad

Desde el momento mismo en que fueron dados a conocer los primeros sonajeros, los diferentes autores que se han venido ocupando de ellos se han preguntado acerca de su uso y significado; y ello, bien es verdad, aun partiendo, en los más de los casos, de piezas aisladas y, por lo tanto, no siempre debidamente contextualizadas arqueológicamente. Así, J. R. Mélida (1929: 256) suponía, como tuvimos ocasión de comentar más atrás, su uso en algún juego de azar o para consultar el oráculo; tres décadas más tarde, F. Wattenberg (1959: 216, núms. 10 y 11) reparó en su posible significado religioso, en tanto que, veinte años después, R. Martín y F. Romero (1980: 165) se inclinaban por considerarlos, al igual que a los actuales, como juguetes infantiles, y aún habrían de transcurrir prácticamente otros veinte años para que C. Sanz (1997: 335) volviera sobre la interpretación religiosa, atribuyéndoles un carácter profiláctico. Bien recientemente, por último, R. Jiménez, C. García y J. J. Padilla (2012: 181-183 y 186) los han relacionado con determinados ritos de paso, y muy especialmente con rituales asociados con la muerte, así como con amuletos que protegerían a las mujeres embarazadas contra abortos involuntarios y las ayudarían durante el parto, sin descartar su posible uso infantil.

No es fácil todavía hoy, cuando contamos ya con tres decenas de ejemplares entre piezas completas y fragmentos, precisar cuál pudo ser su uso, pues en su mayoría carecen, como ha podido comprobarse, de contexto arqueológico preciso. En efec-

to, al margen de dos sonajeros de procedencia imprecisa –Padilla de Duero, quizá la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*, o Paredes de Nava– sólo cinco parecen proceder de poblados –tres de El Soto de Medinilla, uno de Coca y otro de Las Quintanas de *Pintia*–; los restantes se han recuperado en cementerios: uno en el de Las Erijuelas de Cuéllar y los restantes, nada menos que veintidós, en el de Las Ruedas de *Pintia*. Lamentablemente, sin embargo, sólo ocho de estos últimos proceden de sepulturas –tumbas 38, 67, 90 (con dos ejemplares), 93, 127b, 153 y 154, dos de las cuales, 67 y 93, se encontraron alteradas–, en tanto que el resto aparecieron en posición secundaria.

Con todo y con ello, el hecho de que una abrumadora mayoría de los sonajeros procedan de necrópolis, vendría a indicar que están relacionados con el ritual funerario y permitiría atribuirles un carácter protector o profiláctico. No parece, sin embargo, que, tal y como hemos señalado con anterioridad, su presencia tenga que ver con el género o la edad de los fallecidos, pues se vinculan tanto a individuos adultos, de uno u otro sexo, como a niños. Con la debida cautela, podría apuntarse, si acaso, una mayor propensión a dotar de este elemento ritual a las tumbas infantiles, máxime dándose la circunstancia de que en aquella en la que fuera enterrado en el cementerio pintiano el de más corta edad, la 90, se constataran dos ejemplares. Tampoco es fácil saber si están relacionados con el estatus social de los difuntos, por más que nos conste, como también hemos tenido ocasión de comentar, que las tumbas mejor conservadas contaban con importantes ajuares y ofrendas.

Por otro lado, si la presencia de algunos sonajeros en poblados permite contemplar la posibilidad de su uso infantil, pudieran no sugerir lo mismo tanto su tamaño como su peso, pues ni uno y ni otro parecen los adecuados para ser manejados por niños de escasos meses. En dicho sentido se manifestaban, siguiendo a P. Saintyves (1935: 622), los autores de un estudio reciente sobre varios ejemplares procedentes de Numancia (Jiménez, García y Padilla, 2012: 176-177); se trata, en el caso de estos últimos, de ejemplares esféricos y, curiosamente, de dimensiones inferiores a los nuestros, pues miden entre 38 y 45 mm de diámetro. Por otra parte, el dato de que algunos de los recuperados en sepulturas, curiosamente los tres ejemplares de tipo carrete –núms. 27 a 29–, sean de barro crudo quizá indique que fueron elaborados *ex professo* y de forma inmediata ante lo inesperado del óbito y que, por tanto, no formaban parte de los objetos personales y en uso del difunto; ello es tanto más significativo si tenemos presente que dos de ellos se recuperaron en la tumba 90, la que, recordémoslo una vez más, recogía los restos del niño más pequeño.

El ejemplar cilíndrico de El Soto de Medinilla que debió de contar con tres asas –núm. 18–, hoy perdidas, pudiera insinuar un uso más en consonancia con el inicialmente planteado, el de que, colgados en el interior o a la entrada de las viviendas, tuvieran como fin ahuyentar la enfermedad o los malos espíritus y, en definitiva, proteger a sus moradores.

Hasta aquí las consideraciones que nos merecen los sonajeros que estudiamos, en relación con su posible uso y significado y en virtud del contexto en el que han sido recuperados. Sin negar la importancia del contexto, no habremos de olvidar, finalmente, que nos encontramos ante piezas fácilmente transportables y que, en virtud de ello, pudieron emplearse en espacios diferentes y con distintos significados, y aun variar estos últimos a lo largo del tiempo, en función de sus usuarios (Alfayé, 2007: 73-74).

3. Consideraciones finales

Los sonajeros que acabamos de analizar han de incluirse entre las producciones cerámicas singulares de los vacceos, tanto por sus características formales y decorativas como por el hecho de que no nos conste que ningún otro pueblo prerromano del interior de la Península Ibérica contara con piezas similares.

No es fácil, sin embargo, precisar cuál pudo haber sido su funcionalidad, si bien el hecho de que en su mayor parte se documenten en tumbas obliga a pensar que, en parte al menos, estuvieron relacionados con los rituales funerarios y que, muy probablemente, estarían destinados a propiciar el tránsito del difunto al Más Allá; en dicho caso parece evidente que nada tienen que ver el sexo o la edad de los difuntos y, aunque se incluyan en ajueres generalmente ricos, no podemos asegurar que se vinculen exclusivamente a los miembros de la élite social. Tampoco hay que descartar su posible carácter apotropaico en relación con las viviendas y sus moradores y, aunque, como se ha visto, parece menos probable, no dejaremos de contemplar, para el caso de los más pequeños, la posibilidad de que se trate de juguetes infantiles.

Los interrogantes acerca de su funcionalidad siguen abiertos a nuevas y posibles sugerencias; de ahí que no quepa sino esperar que futuros hallazgos contribuyan a esclarecer su uso y significado y a despejar nuestras incertidumbres.

Bibliografía

- ABÁSULO ÁLVAREZ, J. A. (1974): *Epigrafía romana de la región de Lara de los Infantes*. Burgos: Diputación Provincial.
- ADÁN ÁLVAREZ, G. E. (2003): “Las transformaciones del material óseo en el "Castiello de Cellagú" (Latores, Oviedo): la arqueofauna y el utillaje óseo desde el siglo V a.C. al II d.C. en Asturias (España)”. *Zephyrus*, 56, pp. 85-115.
- ALFAYÉ VILLA, S. (2004): “‘La Escondilla’: un posible yacimiento celtibérico en las proximidades de Peñalba de Villastar (Teruel)”. En F. Beltrán Lloris (ed.), *Antiqua Iuniora. En torno al Mediterráneo en la Antigüedad*. Zaragoza: Prensas Universitarias, pp. 155-171.
- (2007): “Usos y contextos de los vasos plásticos zoomorfos en la Celta hispana: verter, sacrificar, alimentar, silbar...”. *Salduie*, 7, pp. 71-91.
- BARRIL VICENTE, M. M. (1990): “Dos imitaciones de kernoi en el Museo Arqueológico Provincial de Palencia”. *Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua*. II Congreso de Historia de Palencia (Palencia, 1989). Palencia: Diputación Provincial de Palencia. Actas, I, pp. 327-345.
- BARRIO MARTÍN, J. (1988): *Las cerámicas de la necrópolis de Las Erijuelas, Cuéllar (Segovia). Estudio de sus producciones cerámicas en el marco de la II Edad del Hierro en la Meseta Norte*. Segovia: Diputación Provincial de Segovia.
- BLANCO GARCÍA, J. F. (1994): “El castro protohistórico de la Cuesta del Mercado (Coca, Segovia)”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 21, pp. 35-80.
- (1998): “La Edad del Hierro en Sepúlveda (Segovia)”, *Zephyrus*, 51, pp. 137-174.
- (2003): “Iconografía del caballo entre los pueblos prerromanos del Centro-Norte de Hispania”. En F. Quesada Sanz y M. Zamora Merchán (eds.), *El caballo en la antigua Iberia. Estudios sobre los équidos en la Edad del Hierro*. Madrid: Real Academia de la Historia. Bibliotheca Archeologica Hispana 19, pp. 75-123.
- BLÁZQUEZ, J. M^e. (1976): “Música, danza, competiciones e himnos en la Hispania antigua”. *Bellas Artes*, 51, pp. 3-10
- (1977): *Imagen y Mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- CASTRO GARCÍA, L. DE (1971): *La Necrópolis de Pallantia*. Palencia: edición del autor.
- CELIS SÁNCHEZ, J. (1993): “La secuencia del poblado de la Primera Edad del Hierro de ‘Los Cuestos de la Estación’, Benavente (Zamora)”. En F. Romero Carnicero, S. Sanz Minguéz y Z. Escudero Navarro (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 93-132.

- COMMENT, V. (1912): "Un Jouet gaulois". *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 9.1, pp. 71-73.
- ESCUADERO NAVARRO, Z. y BALADO PACHÓN, A. (1990): "Sobre los llamados silbatos celtibéricos. Una propuesta de interpretación". *Trabajos de Prehistoria*, 47, pp. 235-250.
- ESPARZA ARROYO, A. (1999): "Economía de la meseta prerromana". En *Estudios de Economía Antigua en la Península Ibérica. Nuevas aportaciones. Studia Historica, Historia Antigua*, 17, pp. 87-123.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1943): "Música, danza y literatura entre los pueblos primitivos de España". *Revista de Ideas Estéticas*, 3, pp. 59-85.
- (1944): "Música y danza entre los pueblos primitivos de España". *Investigación y Progreso*, XV, 3-4, pp. 65-76.
- (1968): *España y los españoles hace dos mil años. Según la "Geografía" de Strábon*. Madrid: Espasa Calpe, 4ª. ed.
- GARCÍA BENITO, C. (2011): "Un posible silbato de cerámica procedente de Monte Perdiguero, Calahorra (La Rioja)". *Kalacorikos*, 16, pp. 461-468.
- GÓRRIZ GAÑÁN, C. (2010): "Rituales de vino y banquete en la necrópolis de Las Ruedas de Pintia". En F. Romero Carnicero y C. Sanz Mínguez (eds.), *De La Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 4, pp. 231-256.
- GRICOURT, J. (1954): "Sur une plaque du chaudron de Gundestrup", *Latomus*, 13, pp. 376-383.
- HUNTER, F. (2001): "The Carnyx in Iron Age Europe". *The Antiquaries Journal*, 81, pp. 77-108.
- JIMENEZ PASALODOS, R. (2013): "The archaeology of the musical performance: the example of Second Iron Age aerophones". En G. Company, J. Fonte, B. Gómez-Arribas, L. Moragón y J. M. Seórán (eds.), *Arqueología para el Siglo XXI. V Jornadas de Jóvenes Investigadores en Arqueología (Santiago de Compostela, 2012)*. Madrid: JAS Arqueología, pp. 181-186.
- JIMENEZ PASALODOS, R., GARCÍA BENITO, C. y PADILLA FERNÁNDEZ, J. J. (2012): "The clay rattles of the Numantine Museum of Soria: an approach from Experimental Archaeology". En *Proceedings of the International Conference of Music Archaeology*. Institute of East-Asia Music Archaeology of Research. Renmin University of China, pp. 174-196.
- (e. p.): "Las trompas numantinas: aproximación a su estudio acústico en una cocción experimental con una reproducción de un horno de la Segunda Edad del Hierro". 3er Congreso Internacional de Arqueología Experimental (Banyoles, 2011). Monografías del Museu d'Arqueologia de Catalunya.
- JIMENO MARTÍNEZ, J. (ed.) (2005): *Celtíberos. Tras la estela de Numancia*. Catálogo de la Exposición (Museo Numantino de Soria, 2005). Soria: Diputación.

- LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C. (1998): "El Soto de Medinilla: Faunas de mamíferos de la Edad del Hierro en el Valle del Duero (Valladolid, España)". *Archaeofauna*, 7, pp. 11-210.
- (2005): "Arqueozoología del caballo en la antigua Iberia". *Gladius*, XXV, pp. 187-206.
- (2006): "Arqueozoología del caballo en la antigua Iberia". En M. Barril Vicente y F. Quesada Sanz (coords.), *El caballo en el mundo prerromano*. Actas de la Reunión celebrada en el Museo Arqueológico Nacional (Madrid, 2005). Madrid: Museo Arqueológico Nacional, pp. 95-114.
- LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C. y BLASCO BOSQUED, C. (2006). "Ganadería y aprovechamiento animal". En F. Burillo Mozota (coord.), *Economía*. IV Simposio sobre los Celtíberos (Daroca, 1997). Homenaje a José Luis Argente Oliver. Zaragoza: Institución "Fernando el Católico", pp. 119-147.
- LLANOS ORTIZ DE LANDALUCE, A. (1983a): *La Hoya, un poblado del primer milenio antes de Cristo*. Vitoria: Diputación Foral de Álava, sexta edición.
- (1983b): "El poblado de La Hoya. Indoeuropeos y celtíberos". En *Museo de Arqueología de Álava*. Vitoria: Diputación Foral de Álava, pp. 109-124.
- (2005): "Silbatos, del poblado de La Hoya (Laguardia. Álava)". *Estudios de Arqueología Alavesa*, 22, pp. 205-222.
- LORRIO, A. J. (2005): *Los celtíberos*. Madrid: Real Academia de la Historia y Universidad Complutense. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 25, y Complutum Extra, 7. 2ª. ed. ampliada y actualizada.
- MANIQUET, CH. (2008): "Le dépôt cultuel du sanctuaire de Tintignac à Naves (Corrèze)". *Gallia*, 65, pp. 273-326.
- MARCO, F. (1989): "Lengua, instituciones y religión de los celtíberos". En *Los celtas en el valle medio del Ebro*. Zaragoza: Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón, pp. 99-129.
- MARTÍN VALLS, R. y ROMERO CARNICERO, F. (1980): "Dos sonajeros vacceos". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLVI, pp. 160-165.
- MÉLIDA, J. R. (1929): *Arqueología Española*. Barcelona: Labor.
- MÉLIDA, J. R., ANIBAL ALVÁREZ, M., GÓMEZ SANTA CRUZ, S. y TARACENA AGUIRRE, B. (1924): *Ruinas de Numancia. Memoria descriptiva redactada conforme al plano que acompaña de las ruinas*. Madrid: Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Memorias, 61.
- MOLINERO PÉREZ, A. (1971): *Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo Arqueológico de Segovia*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia. Excavaciones Arqueológicas en España, 72.

- OLMSTED, G. S. (1979): *The Gundestrup Cauldron. Its Archaeological Context, the style and Iconography of its Portrayed Motifs, and their Narration of a Gaulish Version of Táin Bó Cúailnge*. Bruxelles: Société d'études latines. Collection Latomus, 162.
- PASTOR EIXARCH, J. M. (1987): "Las trompas de guerra celtibéricas". *Celtiberia*, 73, pp. 7-19.
- (1998): "Ideogramas musicales, onomatopéyicos y animistas de las pinturas figurativas ibéricas y celtibéricas". *Kalathos*, 17, pp. 91-129.
- (2010): "Doble espiral y eses en serie: símbolos gráficos de 'cadencia' en las culturas ibérica y celtibérica". En F. Burillo Mozota (ed.), *Ritos y mitos*. VI Simposio sobre Celtíberos (Daroca, Zaragoza, 2008). Zaragoza: Fundación Segeda – Centro de Estudios Celtibéricos. Estudios Celtibéricos, 6, pp. 473-484.
- QUESADA SANZ, F. (2006): "Los Celtíberos y la guerra: tácticas, cuerpos, efectivos y bajas. Un análisis a partir de la campaña del 153". En F. Burillo Mozota (ed.), *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153 a.C.)*. Homenaje a Antonio Beltrán Martínez. Zaragoza: Fundación Segeda – Centro de Estudios Celtibéricos. Estudios Celtibéricos, 2, pp. 149-167.
- QUESADA SANZ, F. y TORTAJADA RUBIO, M. (1999): "Caballos en arcilla de la Segunda Edad del Hierro en la Península Ibérica". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 25.2, pp. 9-53.
- REVERTE COMA, J. R. (1997): "Análisis antropológico de las cremaciones de Las Ruedas". En C. Sanz Mínguez, *Los vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Valladolid: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León, Memorias 6, pp. 532-541.
- ROMERO CARNICERO, F. (1976): *Las cerámicas policromas de Numancia*. Soria: Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Centro de Estudios Sorianos.
- (1999): "El Vaso de los Guerreros de Numancia. Aproximación a su lectura iconográfica". En *Celtíberos. Homenaje a José Luis Argente*. *Revista de Soria*, 25, segunda época, pp. 51-65.
- ROMERO CARNICERO, F. y SANZ MÍNGUEZ, C. (2009): "Tiempo y género a partir de la Arqueología. Las necrópolis de *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañel, Valladolid)". En M. V. del Val Valdivieso, C. de la Rosa Cubo, M. J. Dueñas Cepeda y M. Santo Tomás Pérez (coords.), *Protagonistas del pasado. Las mujeres desde la Prehistoria al siglo XX*. Valladolid: Castilla Ediciones, pp. 59-103.
- (2010): "Réplicas en barro de la orfebrería vaccea". En F. Romero Carnicero y C. Sanz Mínguez (eds.), *De La Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 4, pp. 437-465.
- ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C., GÓRRIZ GAÑÁN, C. y DE PABLO MARTÍNEZ, R. (2012): "Cerámicas negras bruñidas del oriente vacceo". En D. Bernal Casasola y A. Ribera i Lacomba (eds.), *Cerámicas hispanorromanas II. Producciones regionales*. Cádiz: Universidad de Cádiz, pp. 619-638.

- SAINTYVES, P. (1935): "Hochets d'argile ou amulettes d'accouchements". *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 32.12, pp. 621-627.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1993): "Uso del espacio en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid): cuatro tumbas para la definición de una estratigrafía horizontal. En F. Romero Carnicero, C. Sanz Mínguez y Z. Escudero Navarro (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 371-396.
- (1997): *Los vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Valladolid: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León, Memorias 6.
- (2010): "Un vacío vacceo historiográfico: sus necrópolis". En F. Romero Carnicero y C. Sanz Mínguez (eds.), *De La Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 4, pp. 193-230.
- (2012): "Campaña XXII (2011) de excavaciones arqueológicas en Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel)". En C. Sanz Mínguez (dir.), *Vaccea Anuario 2011*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid, pp. 6-14.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y DIEZHANDINO COUCEIRO, E. (2007): "Tumba 90: una muerte demasiado prematura". En C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero (eds.), *En los extremos de la Región Vaccea*. León: Caja España, pp. 99-102.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y ROMERO CARNICERO, F. (2008): "Campaña XVIII (2007) de excavaciones arqueológicas en Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel)". En C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero (dirs.), *Vaccea Anuario 2007*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid, pp. 6-12.
- (2009): "Campaña XIX (2008) de excavaciones arqueológicas en Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel)". En C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero (dirs.), *Vaccea Anuario 2008*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid, pp. 6-13.
- (2010): "Mujeres, rango social y herencia en la necrópolis vaccea de Las Ruedas, Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid)". En F. Burillo Mozota (ed.), *Ritos y mitos*. IV Simposio sobre Celtíberos (Daroca, Zaragoza, 2008). Zaragoza: Fundación Segeda - Centro de Estudios Celtibéricos. Estudios Celtibéricos, 6, pp. 403-419.
- SANZ MÍNGUEZ, C., MARCO SIMÓN, F., BELTRÁN LLORIS, F., CATALÁN GARRIDO, L., VELASCO VÁZQUEZ, J. y CENTENO CEA, I. (2003): "Las Ruedas de Pintia: nuevos datos para la contextualización de las estelas funerarias discoides". En C. Sanz Mínguez y J. Velasco Vázquez (eds.), *Pintia un oppidum en los confines orientales de la Región Vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Catálogo de la Exposición *Pintia cotidiana y simbólica* (Valladolid, 2003). Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 197-220.
- SANZ MÍNGUEZ, C., MARCO SIMÓN, F., BELTRÁN LLORIS, F. y VELASCO VÁZQUEZ, J. (2006): "Nuevos datos para la contextualización de las estelas funerarias discoides en Pintia

- (Padilla de Duero, Valladolid)”. En *Actas do VIII Congresso Internacional de Estelas Funerárias* (Lisboa, 2005). Lisboa: Museu Nacional de Arqueologia. *O Arqueólogo Português*, Suplemento 3, pp. 63-91.
- SANZ MÍNGUEZ, C., ROMERO CARNICERO, F., GARRIDO BLÁZQUEZ, A. I., SAN GREGORIO HERNÁNDEZ, D., ROMÁN MERINO, A., GARCÍA GARCÍA, E., GÓRRIZ GAÑÁN, C., DIEZHANDINO COUCEIRO, E. y GARCÍA MÍNGUEZ, M^a. L., (2007): “Técnicas de producción alfarera vaccea contrastadas a través de la Arqueología Experimental”. En M^a. L. Ramos Sainz, J. E. González Urquijo, y J. Baena Preysler (eds.), *Arqueología experimental en la Península Ibérica: Investigación, Didáctica y Patrimonio*. Santander: Asociación Española de Arqueología Experimental, pp. 291-297.
- SANZ MÍNGUEZ, C., ROMERO CARNICERO, F., GÓRRIZ GAÑÁN, C. y DE PABLO MARTÍNEZ, R. (2009): *El vino y el banquete en la Ribera del Duero durante la Protohistoria*. Valladolid: Centro de Estudios Vacecos “Federico Wattenberg” de la Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 3.
- SANZ MÍNGUEZ, C., ROMERO CARNICERO, F., DE PABLO MARTÍNEZ, R. y GÓRRIZ GAÑÁN, C. (2013): “Vaccan Rattles. Toys or Magic Protectors?” En R. Jiménez, R. Till y M. Howell (eds.), *Music & Ritual. Bridging Material & Living Cultures*. Berlin: Ekho Verlag. Publications of the ICTM Study Group on Music Archaeology, 1, pp. 257-283.
- SOPENA GENZOR, G. (1995): *Ética y ritual. Aproximación al estudio de la religiosidad de los pueblos celtibéricos*. Zaragoza: Institución “Fernando el Católico” (Diputación) y Departamento de Ciencias de la Antigüedad (Universidad).
- (2012): “Motivos animales en las trompas de guerra célticas”. En M^a. R. García Huerta y F. Ruiz Gómez (dirs.), *Animales simbólicos en la Historia. Desde la Protohistoria hasta el final de la Edad Media*. Madrid: Síntesis, pp. 91-99.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1924): *La cerámica ibérica de Numancia*. Madrid: Samarán y Compañía.
- (1946): “Sobre las supuestas bocinas de barro ibéricas y celtíberas”. *Archivo Español de Arqueología*, 63, pp. 161-163.
- (1947): “Objetos de la necrópolis romana de Palencia”. En *Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional (1940-1945)*. Madrid: Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, pp. 83-105.
- TARDIO GOROSTIDI, G. (2011): “Hezurrezko Tresneria Euskal Herriko Burdin-Aroko aztamategietan: teknologia, tipologia, erabilera eta bere testuingurua”. *CKQ Estudios de Cuaternario*, 1, pp. 183-197.
- TARDIO GOROSTIDI, G. y ZAMALLOA UGARTE, I. (2011): “La industria ósea desde el Neolítico hasta la Edad del Hierro en Álava”. *Estudios de Arqueología Alavesa*, 26, pp. 4-81.
- VILASECA, S. (1945): “A propósito de un hallazgo efectuado en el Castellet de Banyoles (Tivissa) y de las supuestas bocinas de dos ramas ibéricas y celtíberas”. *Boletín Arqueológico de Tarragona*, XLV, época IV, fasc. 1-2, pp. 74-81.

- (1947): “Toberas y bocinas ibéricas y celtibéricas”. *Archivo Español de Arqueología*, 68, pp. 230-233.
- WATTENBERG, F. (1959): *La Región Vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Diputación Provincial de Valladolid. Bibliotheca Praehistorica Hispana, II.
- (1963): *Las cerámicas indígenas de Numancia*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Diputación Provincial de Valladolid. Bibliotheca Praehistorica Hispana, IV.